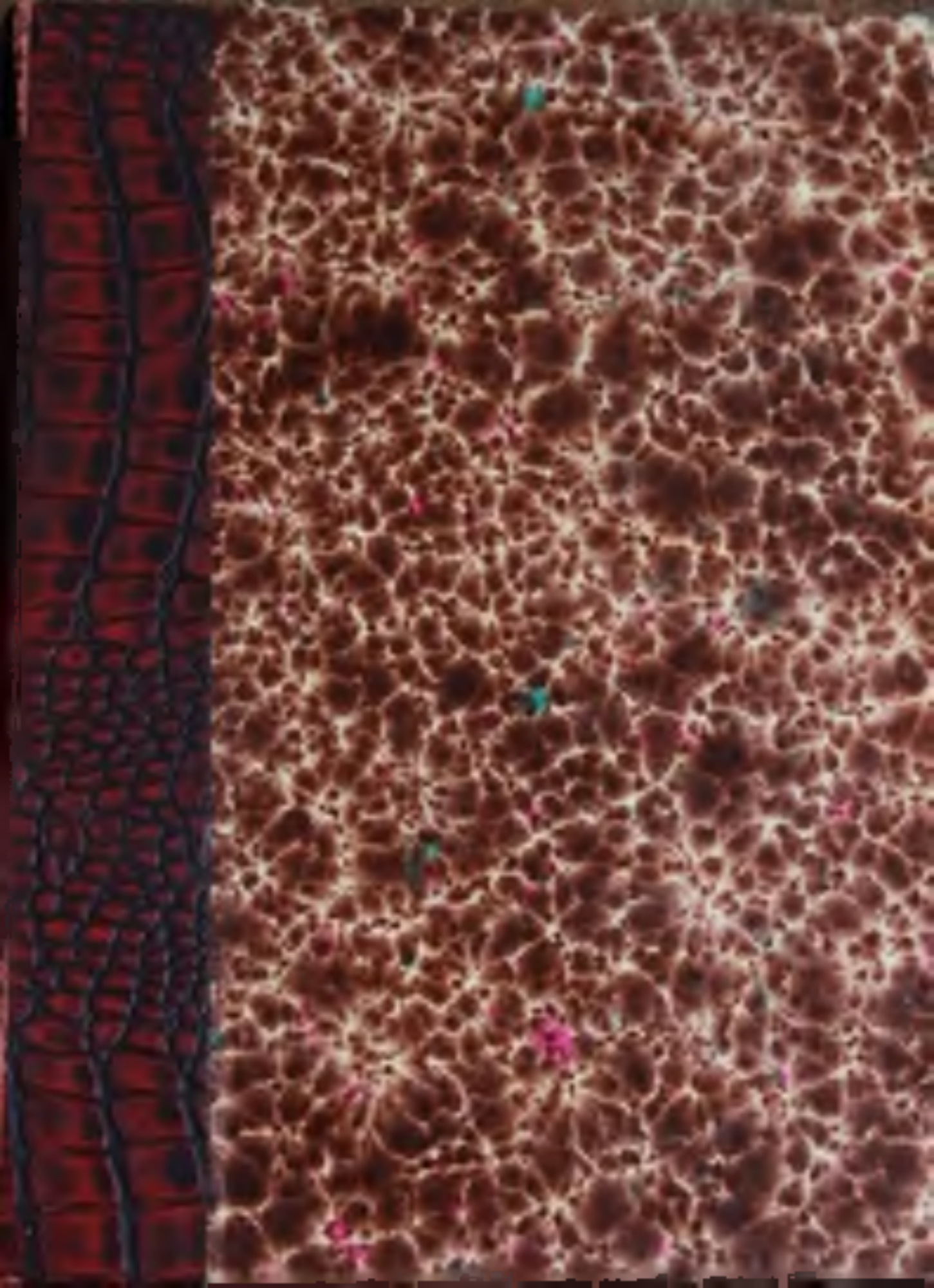


BIBLIOTECA NACIONAL

MONTEVIDEO

Fecha de reclamación de la obra

Ent. 31 Enero 5 N° 31

mpra. a Ercilla. Setiembre 1937
$ 0,18

BLANCA LUZ

Blanca Luz Brum es muy conocida en todos los medios intelectuales del Continente. Desde sus primeros versos hasta «Penitenciaría-Niño perdido», siempre ha concitado admiraciones y fervores.

Poetisa impetuosa; luchadora infatigable, ha dedicado su actividad al arte y a la lucha social.

Su vida azarosa cuenta con múltiples episodios dramáticos. Apesar de ellos anda por los caminos de América, con sus cantos y sus ímpetus.

Nacida en el Uruguay, sus largas estadas en México, Buenos Aires, Lima, Santiago, Nueva York, le han dado una fisonomía continental. Pero nunca ha perdido Blanca Luz Brum su característica lírica, su decidida vocación poética.

En este libro se presenta la poetisa tal como es. «Blanca Luz», por Blanca Luz, no es un libro estrictamente autobiográfico ni confidencial. Es un grito herido de alma que se rebela. Por eso lleva, como subtítulo «Contra la corriente». Porque eso es este libro: una expresión audaz, franca y sin trabas contra los prejuicios, «contra la corriente». El clamor de una sensibilidad alerta.

EDITORIAL ERCILLA

Es propiedad de la Editorial Ercilla. Inscripción N.° 5751. Queda hecho el depósito legal.

PRINTED IN CHILE

Prensas de la Editorial Ercilla

BLANCA LUZ

CONTRA LA CORRIENTE

COLECCION CONTEMPORANEOS

Blanca Luz Brum

BLANCA LUZ

contra la corriente

B. NACIONAL MONTEVIDEO

EDICIONES ERCILLA
SANTIAGO DE CHILE
1936

Dedico este libro a mi editor,
el gran impulsador de esta obra.

En esta época de decadencia de un orden social — y por consiguiente de un arte — el más imperativo deber de un artista es la verdad.

Las únicas obras que sobrevivirán a esta crisis, serán las que constituyan una confesión y un testimonio.

José Carlos Mariátegui.

Yo escribo este libro desde mi realidad, desde mis conflictos; a veces creo que escribo para mi misma, si no estuviera casi siempre fuera de mí misma —y disuelta entre las hojas verdes y tijeretead as de una fresca acacia, o concreta y firme bajo una consigna revolucionaria. Quienes van a leerme me interesan siempre que tengan algo de mi propio destino. No escribo para los escritores, ni para los gordos de buena digestión; escribo casi para los niños, casi para los árboles; creo que para los presos, para los enamorados, para los pobres, para los explotados, para los poetas, para mis amigos, para Siqueiros, para Russo Maglio, Julio Supervielle. Me gustaría haber escrito para la Burguesía panfletos terribles y demoledores, pero este afán malo de soñar me lleva frecuentemente a zonas embalsamadas que me alejan de mis deberes revolucionarios. Es una vergüenza y hay que confesarla.

"Uruguay"... lugar donde nacen poetas y jugadores de football. Así yo pienso que llegará a escribirse un día en las geografías, en los diccionarios y en las cartas de mar.

* * *

Y aquella amiga que me decía: en el Uruguay no hay nada más que tres mujeres inteligentes, las demás son "poetisas".

* * *

He nacido en esta ciudad sudamericana. He salido a cantar por todas las calles del universo. He llorado a gritos. He amado a gritos. He peleado y he regresado otra vez a esta ciudad sudamericana, y todo estaba igual: sin perturbarse el cielo ni las caras, los mismos rostros sin emo-

ción, los mismos hombres en las calles centrales, los mismos vendedores en los Bazares.

Sólo yo traía la piel curtida en otros vientos, millones de heridas, la sangre enriquecida, mi hijo grande de la mano y nuevos amores.

He rodeado de amor mi vida. Le he levantado piras de altos fuegos, de rugidoras llamas... y la ronda de la calumnia y de la envidia se ha ido quedando atrás, vagando con un fatigado aire lívido y pegajoso.

* * *

He rodeado de amor mi vida, pero no de un amor de doméstica caridad cristiana, sino de un ardido y revolucionario amor. Un amor de ataque y de marcha. **Un amor disolvente y constructivo. Un amor de terca y denodada guerra al mal.**

* * *

Mientras voces oscuras socavan, mientras soplan con un viento negro mis zapatos y suben hasta mi corazón, vuelvo mi cabeza hacia la cordillera y el mar, hundo mis piernas adentro del Pacífico y mis pezones altivos y despiertos vierten jugos vivos y ardientes.

Chile, Quintero, 1935.

INFANCIA

Aquellas carnizas abandonadas, saqueadas por las lluvias y los soles, creciéndoles los yuyos y los macachines, entretejidas de pastos; aquellos huesos azulados por las intemperies, fueron los fabulosos juguetes de mi niñez. Maravillosas reses muertas cuya plástica alucinó mi infancia, como el ritmo de los camalotes, como el perfume de las verbenas, como el jadeante galope de la pampa.

* * *

En aquella estancia del Uruguay donde yo crecía oyendo el lenguaje muerto de mis parientes. He vuelto a oír ese lenguaje y sigo oyéndolo; es el de extraños seres que se movían para atrás o no salieron nunca del mismo sitio. Mientras yo, impávida, pequeña y amarilla, seguía sonámbula

las rutas increíbles de las golondrinas, los pasos de las gallinas, los caminos de las hormigas, y las sombras enormes de las nubes sobre los campos.

Allá estarás, estancia, rodeada con las sierras de las Animas, el Betete, el Tigre, el Pan de Azucar, sumergida en cadenas de sierras moradas, en cerrazones y nubes de agua, ahora que es Invierno y yo vivo tan lejos en un bello país. Quisiera traerte en una mano y colocarte dentro de este collar de nieves. Yo no soñaba, cuando estaba en ti, este país de albura y ríos con truenos. Estancia uruguaya llena de apretadas cinturas verdes y collares infinitos de ovejas, de blancas majadas como de blancos ríos transportables y millones de arroyos con deliciosas ranas que abren el insomnio del verano con un canto verde y tenaz.

En esas brillantes mañanas verdes, cuando se diluían las heladas con música de vidrio sobre los prados, y subía a los cerros el vaho de la tierra y el de las lenguas tibias de las vacas. Los silbidos, los primeros disparos de los pájaros, todo el ancho rumor del campo con las bestias pisando lento y hondo sobre la tierra como sobre la eternidad. Mi corazón recibía el rumor mudo y profundo, lleno de misterio y de pena callada. Claridades que nunca olvido, cuchilladas de luz

en mi cuerpo. Columnas de luz que me detenían, columnas alzadas en la mañana, y vencidas columnas de la tarde.

Aun oigo la inmensa caja de música del campo.

Pequeños pasos míos, tan pequeños y tan mudos en las orillas de los ríos y en las laderas del Uruguay.

Ojos míos, perdidos al abarcar las combas de las sierras, adentro de las cerrazones, buscando caravanas de seres que se esfumaban, que se perdían bajo el martillazo del sol.

*
* *

Nací oyendo hablar mal de los curas, entre vellones de ovejas y libras esterlinas guardadas en buches de avestruz, entre ombúes y rayos, entre parientes que se odiaban, entre matreros y esquiladores, entre negras y peones, entre cielo y campo.

Crecí entre el rocío y las heladas y la alborada de las Primaveras, sobre arenosos y removidos ríos, enardecida y húmeda de sueños como los rojos ceibos que arrastran las corrientes; abierta y fragante como las flores de los camalotes bajo los mediodías de fuego, entre vuelos y zumbidos de abejas. Mi vida es las mil y una noches de la Estancia, con las ruedas de gauchos y peones

arrimados al cielo y a los ombúes, cantando, guitarreando, escupiendo, quejándose adentro de la oscuridad. Son los tremendos temporales de lluvia que duraban 20 días, mientras jugaba bajo techo a la baraja y a las tabas la peonada aburrida, cantándoles la bombilla en la boca; o cuando los campos hervían en polvaredas, preparándose noches de vientos y aguaceros; o cuando aterrada atravesaba los cuartos de la Estancia, cerrando las puertas y las ventanas, lleno el pecho de secretas sensaciones, oyendo el ruido de la tormenta, y la oscuridad azul y eléctrica de los campos, mientras los animales rodeaban las casas y después toda la majada entera.

Se desplomaba de repente la lluvia atravesada de truenos y relámpagos; gritaban y gemían los animales. La noche se enloquecía de galopes y gritos, los árboles se rompían con estruendo como si chocaran los mundos, y un rayo partía al viejo ombú en cuyas ramas cabalgáramos, y se caía quejándose como un hombre. "¡Está la noche como boca de lobo!" oía decir en los rincones, y yo, pegada a la ventana, miraba el alma del mundo por cristales salados y tibios de lágrimas.

Hubiera querido escaparme, correr al campo contra el viento y el agua, gritarle a Dios en esa noche bárbara, pero no tenía fuerzas, no tenía nada más que mi corazón. "¡Mamá!", "¡Dios!" y me hundí llorando en la noche salvaje.

Al amanecer los peones de la Estancia iban en busca de los corderos "guachos"; las madres

al parirlos en esas noches trágicas quedaron muertas bajo la tormenta.

Recuerdo el regreso de aquellos hombres emponchados, con blancos corderos de bocas lacras y moradas. Terciados sobre la delantera del recado, traían aún sobre sus ojos, sobre sus patitas y sus lomos adherida la pátina de seda de las entrañas de la madre. Temblaban y gemían como niñitos abandonados.

Llena de maravillosa experiencia los envolvía en mis faldas, mojaba mis dedos en la leche y untaba suavemente sus encías tiernas como flores, hasta verlos crecer fuertes y alegres borregos que saltaban y destrozaban los jardines.

He criado cientos de pájaros, de corderos y ovejas, creo también que hasta gnomos.

Recuerdo las esquilas en inmensos galpones que hedían a sudor de bestias y trabajadores.

Recuerdo a los peones ahumados de calor, jadeantes, sudorosos, echados sobre los cuerpos rosados y de encendidos tajos. Espolvoreaban ceniza sobre las heridas, cobraban la ficha de 5 centésimos por cada vellón y entraban de nuevo al brete entre la tierra que levantaban las ovejas nerviosas.

Pasado un mes o 20 días, salía la comparsa hacia otros pagos y comenzaba nuevamente la faena sucia y pesada de la esquila.

Veo el orden de los caballitos ensillados. De botas, de alpargatas o descalzos, cada peón tomaba el suyo, con su muda de ropa limpia, lavada por ellos mismos, sus mates vacíos, sus puñales en

humildes vainas y todo el apero completo y sencillo de un paisano.

Silbando, cantando, con franca o dolorosa risa brincaban sobre sus caballos; reculaban, levantaban polvo y resoplaban. Después era un grupo de hombres oscuro y triste que se iba por el camino real de la Estancia.

MARTIN AQUINO

A Bernabé Michelena

Acaso estén más cerca de mí los seres que viven en mis sueños. En aquella estancia del Uruguay, donde yo crecía oyendo el lenguaje muerto de mis parientes. Palabras que no me sirvieron para la vida, palabras que se diluían en aquella vida doméstica y sin alternativas, mientras mi pecho se llenaba de alas mudas y profundas, y remontaba en las noches con las vidalas entre los cielos inmensos de las Cuchillas

¿Dónde está la cabeza romántica de Martín Aquino? ¿Dónde las Patrullas de la Policía Rural de Maldonado, de Mataojo, de Solís y Minas, cuyo trote que abría la mañana de la Estancia con un rápido ruido de frenos y caballos oigo aún dentro de las cerrazones, y los inolvidables colores de los ponchos patrios?

* * *

Aquel joven matrero, aquel hombre fuera de la ley, aquel hermoso perseguido, fué el primer hombre que invadió mi alma a los 7 años.

Vago el recuerdo, pero concluído en sus detalles.

Lo veo retratado: su cabeza en óvalo está en el ángulo izquierdo de unas décimas populares, igual que el sol en la bandera uruguaya; su rostro es de un joven mestizo, audaz y bravo; estoy segura de que era hermoso, ese es mi recuerdo.

Llevaba, y era toda su gracia, un gran chambergo sobre la nuca, levantada el ala desafiante en la frente, y el barbiquejo dándole fuerza en la garganta... ¡Qué bello y romántico macho! Matreteó meses, tal vez años, entre las sierras de las Animas y Beteto, las sierras de nuestros campos, las que me vieron nacer y soñar.

Y los comisarios con los sargentos y los soldados seguían pasando por la Estancia, pedían noticias y otra vez partían hacia la sierra, siguiéndole las huellas al hombre de mis sueños.

¡Si habré llorado de noche! ¡Si habré rezado sin rezos por la libertad de aquel gaucho! Pero una fe dura y clavada como un cuchillo me decía que Martín no sería cogido nunca en los lazos de aquellos comisarios criollos y flojos.

EL CANTO DEL MATRERO

Era en la época de los Esquiladores. Una noche, recuerdo, oí cantar con una voz tan dulce, tan dolorosa y tan altiva, la décima de Martín Aquino. El que la entonaba debía ser hermano en alma de Martín, tal era de bonda y cautivante su voz. La letra no la recuerdo bien, pero decía:

«Que Martín sólo a los ricos esquejaba,
que a él nadita le faltaba
y hasta tenía un colchón
de los cueros que robaba,
y que en medio de la sierra
'vavía' como un 'dotor'.

«Que cuando quería bajaba
como el «venao» a beber,
que no lo habían de coger
pues como el «venao» volaba...

En un momento mi cabeza, ya ardiendo y volando también, llegó a pensar si no sería el mismo matrero el que cantaba. Es tan audaz,

que tal vez está entre los Esquiladores. Esta duda quedó en mi pecho siempre, pues la comparsa salió aquella misma madrugada de la Estancia.

Y ¿cómo murió Martín Aquino? No será por casualidad que aquí mi recuerdo se resiste y tengo que esforzarme para encontrar los detalles de su muerte. Pero no puedo. Borradamente voy viendo que él ha sido sorprendido no recuerdo si a la entrada de un pueblo, o en medio de un camino. Recuerdo, sí, que él se defendió; que él también mató, y que para acercársele tuvieron antes que acribillarlo a balazos.

¡Como se habrá doblado su cabeza con la melena negra llena de vientos! ¡Llena con las hermosas noches del Uruguay!

IRMA AVEGNO

¿Quién recuerda la historia y la belleza de aquella mujer uruguaya que se voló de un tiro el corazón? Yo la he amado a través de redes delicadas de sueños, de largos y perdidos sueños, en donde los seres extraordinarios y finos fueron tejiendo en mi vida su música y su tragedia.

Con extraños sombreros de plumas, con finos y elegantes vestidos, con enormes y amorosos ojos, ella se acerca como Sara Bernhardt, como Isadora Duncan y otras reinas. ¿Qué hicieron en la vida estas mujeres maravillosas? Primero he pensado; ahora sé y estoy segura: amaron mucho, no pudieron libertarse del amor, y el amor fué para ellas, como para todos los intensos, el camino del arte y de la tragedia. De la tragedia honda y apasionante, de la que puede un día conmover hasta la epidermis de la vulgaridad burguesa.

Almas que fueron de la tierra al cielo, y otra vez del cielo a la tierra. Y que para recibir a estas heroicas y gozosas muertas la tierra se habrá

abierto con espadas de fuego, con vientos, con relámpagos, con incendios profundos.

Pero Irma no hailaba, ni cantaba, no hizo temblar con su pies desnudo el Universo. Tenía nada más una cara hermosa de criolla americana, y un cuerpo fuerte de amazona sensual. Jugaba a las carreras de caballos en la Argentina y en Montevideo, jugaba a la ruleta y a las cartas y a todos los juegos del mundo, y comprometió su fortuna y su corazón con hombres cínicos y sin escrúpulos.

Y empobreció ella, y a sus parientes y a sus amigos, en un dilacerante vértigo de patas de caballos.

Entre cheques falsificados y vientos de escándalos, la bella criolla giraba con sus sombreros de plumas y sus caballos de "pur sang".

Cuando vino a mí en una noche de la Estancia del Uruguay, retratada en extraño periódico, barca de muerte su sombrero de plumas, la sien trizada, mi infancia saqueada, entre mundo de lágrimas, vió los objetos extraños de una muerta, por primera vez...

Retratada estaba la linterna que un guardavía de Loma de Zamora le dió para que huyera. Retratadas están las monjas que le cerraron el Convento en esa noche negra, sin refugio, sin protección. Irma huía por los campos empobrecida y aterrada.

Retratados pedazos de vestidos que fueron quedando ensartados en alambres de púas, y un zapato puntiagudo y pequeño con el que habría

golpeado tantas veces en el corazón de sus amigos y en las puertas de los Banqueros.

Pero sus ojos y su corazón no estaban en aquel periódico y mis lágrimas de niña los acariciaron largo tiempo en las noches de la Estancia. ¡Ahora comprendo que Irma, como Delmira, la grande y dramática poetisa, traía con ella la tragedia de haber nacido en una ciudad sudamericana!

¿Y qué otra cosa pudo hacer con su alma de fuego, con sus fantásticos sombreros de plumas, con sus ojos de otro mundo, que hacer versos o jugarse hasta el alma en las carreras?

Evoco el recuerdo de mi madre, a quien entregué largas noches de escondido llanto.
La pena y el estupor señalaban ya para siempre mi vida.

* * *

No entren donde mí los que al perder la frescura del corazón inventaron la literatura.
Ni los que tienen miedo de encontrarle a la vida sus goces verdaderos.

Cada época llega con "su" verdad; pero ni Buda ni Jesucristo, ni Lenin serán movidos del corazón de la Humanidad. Una cadena de eternidad ansiosa los une, y no de relativas verdades.

*
* *

Que los que están desposeídos de hondura y de sonido se cojan de algún mito con más o menos fuerza, y coman los que tienen hambre. Pero, ¡cuidado! que comer es algo más delicado y hermético.

*
* *

Distintos grupos ponen en juego distintos métodos.

Sólo los apasionados pondrán siempre en juego su sangre.

No a la derecha, ni a la izquierda, sino sobre la Humanidad entera.

* * *

La Burguesía es egoísta, es avara, viciosa, idiota: es bestial. Hay que desenmascararla a cada rato, agredirla, patearla, engañarla, despedazarla.

Yo conozco el amor. Yo puedo hablar del amor.

Yo conozco el dolor. Yo puedo hablar del dolor. Yo conozco la voz helada de los hombres y el lenguaje terrible de la naturaleza:

Yo puedo hablar a los que están vivos.

* * *

He llevado por países extraños mi corazón tan joven y atemorizado. Algunos días se llenó de sol como una flor desnuda. Y hemos vuelto después a nuevos caminos, solos y huérfanos, inmensamente tristes y despojados.

He puesto en marcha a alegres Universidades y a núcleos de entusiastas campesinos; divulgué la verdad que me enseñaste; pero tú no estabas en ningún lado.

Tu voz ya no la oí, ni te encontré. Y entre tantos hombres, nadie llevaba el toque de genio que tú llevas.

Tu cabeza rebelde sobre las multitudes ya no la vi más; y he padecido, camarada mío, bajo tu recuerdo como bajo una rueda lenta y ensangrentada.

* * *

Cuando, de bruces sobre el mundo, han comenzado mis malos días, yo he recurrido siempre a la verdad, a la grandiosa y misteriosa verdad, a la que tiene relación con el tiempo y la eternidad, y me he salvado.

* * *

He sufrido largo tiempo mi verdad; la he peleado. La tengo al fin más allá de las simples y conocidas limitaciones y a estas horas no es posible transar ni hacer ningún viraje dudoso. Con ella me impulsa un ritmo apasionado, es ardiente y dialéctica. **Con ella no escamoteé en la vida mi verdadero ser, ni en el arte mi verdadera vida.**

¿Podría conformarme sólo con la verdad de una Epoca?

¿Es que mi oído y mi ser no han ido más allá de una Epoca?

Yo quiero caminar sobre los días señalados

y los no señalados. Hay quienes se conforman con una verdad relativa. Yo la prefiero absoluta, o la esperanza de encontrarla después de mi muerte.

*
* *

He cuidado mi cuerpo junto a mi pensamiento, porque para mi ánimo creador quiero la gracia de un cuerpo joven y entusiasmado.

*
* *

Todos los tiempos del Eclesiastés han debido pasar para que yo pudiera llevar mi corazón a la razón complicada y hermética de la muerte. Sólo el hondo contacto con los verdes campos, con los sonrientes y brillantes álamos, con los ríos de América y los mares, con las estrellas tan anchas de los trópicos, y los indios, con los pájaros, y la Humanidad entera. Llena de juventud y de fuerza digo: que venga si tiene que venir la muerte, porque así viví sin temor y con fuerza.

Yo veo caer la hoja dorada del Otoño en los campos; morir y nacer la ardiente Primavera.

* * *

Y veo también cómo salen los muertos en la primera hora fría de la mañana por la puerta ilegal de los hospitales. Y sé que en las ciudades se están muriendo de hambre millones de hombres y niños sin trabajo y sin pan. Sin embargo no faltan quienes engordan adentro de las Universidades y pierden el contacto con la naturaleza y las luchas humanas; más tarde serán máquinas en medio de las fuerzas violentas y desordenadas de la actual sociedad.

* * *

Si ellos vivieran más cerca del sol y adentro de los ríos, su vida espiritual sería más fuerte, y

más alegre y ágil el paso de la vida a la muerte. Menos sucio, menos oscuro, menos sórdido, menos espantoso y complicado este traslado entre camillas y anestesias, entre grotescos carromatos y apretadas y horrorosas flores a casas angustiosas de muerte.

Y es que esta ausencia del aire y de la tierra, es lo que hace difícil su regreso a ella. ¿Dónde están los pájaros muertos? ¿Quién los ha visto caer muertos del cielo? ¿Dónde están los cementerios de los árboles? ¿Dónde están amontonados los ríos secos y todas las salamandras maravillosas? ¡Por Dios! ¿y el cementerio de las rosas? ¿Y las altas cumbres de nubes fatigadas? Sólo conozco cementerios horrorosos de hombres y aquel inolvidable cementerio de caimanes que vi en la costa tropical de México. Millones de esqueletos recorridos por espantosas arañas. Son caimanes, de cuya caza viven desde hace cientos de años los únicos negros que hay en México, en la costa de Ometepec y en el Estado de Guerrero.

*
* *

Tierra, cuanto más cerca estoy de ti, más pierdes en misterio, y ganas en humanidad divina; no te hacen ni te deshacen los hombres, por encima de sus luchas y sus tragedias tú permaneces con belleza y eternidad. A mi amor lo rodea-

rás con tus verdes movimientos y maravillosos gérmenes; a mi desesperación, a mi enfermedad, a mi maternidad, a mi muerte nos rodearás de iluminadas montañas, de alegres ríos y árboles con ternura.

Voy con el paso de los árboles y los ríos entre los negros de Puerto Rico y Pernambuco, con niños requemados, con mujeres enflaquecidas de hijos, y lentas caravanas de esclavos, y tú sigues más allá, más allá aún, tierra dilatada para los resueltos y los firmes, para los que tienen ojos y esperanza dilatada hasta donde ya no suena el horizonte siguiendo la desmedida música de los cielos.

Tierra que haces un llamamiento tierno y perenne.

¿Qué significa en mi vida la intervención de estas vacas furiosas que se llaman mujeres? Yo he subido y bajado sola, y vuelto a subir duras, violentas y gozosas cuestas; he recibido todo el júbilo de la vida y me he secado sola con el dolor.

¿Qué diablos gritan? ¿De dónde salen estos títeres de viento? ¿Estas culebras de trapo?

Una vez vi a una de cerca: tenía el color verdoso y lívido de las muertas, unos dientes enormes y caídos, y vertía babas heladas.

*
* *

Hay mujeres para quienes el marido es un ser inferior, a quien sólo se le puede entregar el cuerpo, pero no el "alma".

Esas mujeres deberían ser inspeccionadas también semanalmente por el Consejo de Higiene.

*
* *

Rosa Luxemburgo, Sara Bernhardt, Isadora Duncan y Aída Lafuente, la Libertaria, viven cubiertas de flores dentro de mi corazón.

*
* *

Una sola vez he sido defraudada en mi vida; y por esa vez aprendí la vida de golpe.

He dejado mi apartamento y estoy en este hotel, en medio de una apenada sensación de destierro.

Ninguna víspera de viaje me fué tan triste. Como un muñeco he abierto y llenado mis valijas y he preparado mis pasaportes y mis "tickets". ¿Destierro?

Oigo las voces de las estaciones en la noche cuando se detiene el tren. Los saludos ansiosos y las órdenes de los jefes.

Veo desde un vapor la neblina de un puerto y el amanecer frente a una ciudad tendida. No quiero irme sola.

Comienzan a aparecer los hoteles de pasajeros con caras maniáticas y suicidas. No conozco un solo pasajero alegre. No he visto nunca que

sean felices. Tal vez será que los viajes, como el amor, ponen graves a las gentes. Pero hay que tener la delicadeza de no hablar de amor.

¿Qué hacen en este mismo hotel y en un mismo cuarto tres japoneses misteriosos?... ¿Preparan la guerra o son terribles pederastas?

¿Quiénes se habrán bañado en este baño?

Tengo miedo de encontrar en el cajón del ropero una mujer degollada.

La radio de mi cuarto me recuerda que éste es un país hispano.

Los intelectuales viven pensando en el "prestigio", y el prestigio lo consigue fácilmente el que desfigura la verdad.

La política es hoy una actividad creadora. Es la realización de un inmenso ideal humano. La política se ennoblece, se dignifica, se eleva cuando es revolucionaria. Y la verdad de nuestra época es la revolución. La revolución que será para los pobres no sólo la conquista del pan sino también la conquista de la belleza, del arte, del pensamiento y de todas las complacencias del espíritu.

JOSE CARLOS MARIATEGUI.

He recorrido América siguiendo el pie desnudo de los indios, su ritmo de gracia, breve y fino, o lento, grave y firme, grabando una huella eterna sobre la tierra. Me obsesiona en el sueño sonámbulo de la ciudad y me arrastra de nuevo a la música de los campos bajo los mediodías radiantes de la América Central, entre las hojas verdes, llenas de transparencia y frescura, como las verdes aguas del océano, de los plantíos de bananas, de café, de azúcar y bambú: De los bajíos compactos de rumores, y de las costas tropicales que levantan transatlánticos de agua con palmas y pájaros adentro. Los árboles de México, de Bolivia y Perú que florecen sobre ciudades terriblemente escondidas, sumergidas en arañas y sueño, en noches monolíticas, sobre sepulturas indígenas, sobre arquitecturas tremendas.

SANDINO

Pequeño de estatura, con su cara de niño, muy seria bajo el ala de su sombrero tejano, serio hasta cuando se reía jugando con mi hijo, hablándome de la Argentina, de los mensajes de la Unión Latinoamericana, de los estudiantes y de la clase trabajadora de la América del Sur: "Yo iré un día a la América del Sur" — me dijo; pero la América del Sur ya no verá el rostro de Sandino; ya todos sabemos que el indómito guerrillero antimperialista fué asesinado fríamente en el patio de un cuartel, por orden del imperialismo yanqui.

Su Estado Mayor

Lo rodeaba un grupo de jóvenes hombres que formaban el Estado Mayor de aquel General con cara de niño.

La composición racial de aquel grupo era interesantísima, pues cada uno era de un distinto

país latinoamericano, y reflejaban la ansiedad colectiva antimperialista de la América Latina. Tenían las caras románticas y fuertes, esas caras que sólo he visto en hombres de esos climas, de esqueleto indio, curtidas y vivas, señaladas por las guerrillas de las montañas. Recuerdo especialmente a aquel joven Capitán Paredes que no contaría arriba de 20 años, con el orgullo que se levantó la camisola guerrillera para mostrarme un pozo que tenía en la espalda, "dos costillas de menos,— me dijo —, me las volaron las granadas de las salvajes infanterías yanquis"... y cada uno de aquellos muchachos, camaradas del joven General, llevaba adentro o afuera la señal revolucionaria de una generación antimperialista.

SANDINO EL LIBERTADOR, Y MARTI EL COMUNISTA

«Repertorio Americano» — Costa Rica

Pocos momentos antes de ser pasado por las armas Martí, el agitador comunista salvadoreño, en febrero de 1932, pidió permiso para dirigir la palabra a quienes le llevaban al patíbulo, y disertó durante muchos minutos sobre sus ideas revolucionarias, su campaña para levantar a los campesinos salvadoreños y sobre el General Sandino, de quien había sido secretario particular en las Segovias.

De Sandino dijo, más o menos, estas palabras:

"Doy testimonio ahora de la entereza moral, de la pureza absoluta del General Sandino. Me consta que en México recibió ofertas repetidas de considerables sumas de dinero, con tal de que abandonara su lucha en las Segovias, y que esas

ofertas fueron rechazadas por el General con la más noble indignación.

"Mi rompimiento con Sandino no provino, como se dijo alguna vez, de divergencia en principios morales o por normas opuestas de conducta. Yo me negué a seguirle nuevamente a las Segovias porque él no quiso abrazar el programa comunista que yo defendía. Su bandera era sólo bandera de independencia, bandera de emancipación, y no perseguía fines de rebelión social. Declaro terminantemente esto, porque más de alguna vez se atribuyeron al General Sandino ideas comunistas.

"Tengo interés en que se aclaren estos puntos, para establecer la verdad histórica. Y ya para morir, a dos pasos de la ejecución, **declaro solemnemente que el General Sandino es el primer gran patriota del mundo.**"

Los acontecimientos que siguieron al regreso de Sandino a las Segovias; su actitud frente al problema eleccionario nicaragüense; su buena voluntad después para asegurar la paz de Nicaragua, sobre una base de decoro nacional y libertades públicas, todo demuestra la entereza moral y la pureza cívica de este gran soldado. — **Enrique Sorel.**"

EPOPEYA DE BASCUÑAN ZURITA

Cerca de las fronteras argentinas, cerca del Río Bío y Lonquimay, tierra de campesinos masacrados, rodeados de latifundios y de injusticias, corriendo por el Sur entre chozas mapuches, va la inmensa corriente del río Laja. ¿Habéis oído la historia de Bascuñán Zurita? Yo quiero contarla a los campesinos de América del Sur. Bascuñán, como Leiva Aragón y los Sagredo, luchó para devolver la tierra a los indios y campesinos explotados de Chile. Sobreviviente de la masacre de Ranquil y Lonquimay, cayó más tarde en las manos sangrientas de sus perseguidores, y desde entonces sólo se sabe que un hombre fué lanzado por el puente del Laja y Bascuñán ha desaparecido para siempre. Yo he acompañado a su mujer en la desesperada búsqueda del compañero. Hemos partido al Sur en una inolvidable noche del invierno de 1935, protegidas por parlamentarios de izquierda y asediadas por los sapos negros, gelatinosos y asesinos de la policía secreta. La noche

aquella el proletariado organizado de Chile montó guardia hasta la madrugada. Grupos de mocetones vistiendo la noble mezclilla obrera, subían y bajaban en las estaciones, núcleos de obreros y campesinos que custodiaban resueltamente el paso de la compañera de Bascuñán, centinelas que la justicia proletaria puso allí atenta al delito salvaje. Cuando en la noche saltaba el tren por los puentes, nuestros corazones despertaban, porque el recuerdo era que Bascuñán había sido lanzado al río desde un puente, y sin duda que en ese mismo instante despertaba también sacudida entera la valiente mujer de Bascuñán.

En la mañana, hostiles heladas endurecían de frío las laderas del Bio-Bio, cuando nosotros dejamos en el viento del Sur la consigna de los trabajadores de Chile: "¡Vivo o muerto!" La consigna sigue en pie, pero el crimen de Bascuñán Zurita se pierde en una noche pretoriana.

*
* *

Una vez más he vuelto al Sur, ahora mucho más al Sur todavía, en donde los mapuches han levantado sus chozas de lodo y paja frente a los fabulosos bosques de madera, a la más rica región de los bosques madereros de Chile: Cunco!

La nieve ha caído incesante y el sol brilla sobre las montañas cerradas de árboles y enrojecidas de copihues —; hombres y mujeres de la raza araucana exhiben un tipo recio y nobilísimo y no puedo menos que acordarme de los "riquillos" criollos de Santiago que me han hablado con tanto desprecio de su raza y de su país. Veo ese tipo de mocetón del Sur, de espléndidas espaldas y ojo intuitivo y puro, escuchando mi voz fraternal y caminadora de América, y siento nuevamente el calor indígena del Perú, de México y América Central; son los mismos; ahí están con sus choapinos tejidos, con su alfarería y su orfebrería personalísimas, con sus alimentos y sus bebidas, con sus tierras cultivadas para los amos expropiadores, con su resignación, que a veces, como en Lonquimay, se desespera insurreccionada y heroica.

MISIA NISIDA OLIVERA

A Violeta Brum

Debía tener bozo sobre su fuerte labio y tendría sin duda el color de la tierra seca, pardosa, y el pelo muy lacio y renegrido en apretadas bandas lisas sobre las orejas, así la alcanzo a ver en borrados retratos de su época. Muy seria y muy altiva. Le gustaba la caña y la bebía con frecuencia, mientras se abanicaba y se mecía debajo de inmensos paraísos, rodeada de negras y criollas que iban y venían con el mate, atravesando los asoleados patios coloniales.

Blanca de opinión, "blanca como caniya de bagual"; para eso era Olivera y llevaba en el pecho rodeado de brillantes al jefe de sus tradiciones, al caudillo de las revoluciones, ¡al valiente Aparicio Saravia!

Las crónicas dicen que era imponente esta Misia Nisida en la época de las revoluciones, cuando salía a las afueras del pueblo en su victoria de espléndidos caballos y alentaba a los gau-

chos a las campañas por la patria, y poco a poco iban rodeándola, hombres de a pie y de a caballo, que partían luego a las cuchillas, mientras el viento daba vuelta las franjas azules y rojas de los gloriosos ponchos patrios. Misia Nisida se ceñía entonces los hombros con su chal de seda blanco y celeste y a mentadas de madre y a chás chás de abanico regresaba a su casona patriarcal, mientras giraban las negras con sus bocas llenas de dientes y Aparicio Saravia sonreía en el seno de la brava criolla.

Era ahijada mimada de Juan Antonio Lavalleja. Y era la hija de Leonardo Olivera, el gran guerrillero de 1825, uno de los 33 orientales, y conquistador de la histórica fortaleza de Santa Teresa.

En Nisida Olivera, saludo a la criolla típicamente revolucionaria de su época, a la elegante y agresiva matrona.

* * *

El amor es la única fuerza conmovedora.

* * *

En las noches sentía los pasos de los hombres que venían de las minas, y las lámparas de car-

buro colgadas como estrellas en la frente de los mineros, llenando de una luz azulada el camino, y oía, mujer sola, el ruido apasionado de la tierra bajo la bota de los ingenieros, y el rumor de las conversaciones y el de las toses bajas que se iban perdiendo

La música escapada de la radio.

La voz de ese hombre oscuro que habla en cualquier país ha venido a recordarme algo: ¡Ah!, era en los Estados Unidos de Norteamérica, a esa hora musical del atardecer, cuando regresan los empleados a sus dramáticos apartamentos iguales, en todos estaría la oleografía de un lobo aullando en la nieve y la radio entre las dos poltronas y el sofá. Y aquella música extraña de rumba y retorcidos alaridos negros, siguiéndome, siguiéndome aun cuando ya estaba afuera sobre el camino maravillosamente ordenado y limpio entre los canteros verdes y las rosas. Esas rosas, esos prados que rodean las bestiales casas de apartamentos. Mientras la miseria más espantosa y la desmoralización más intensa se esconden allí a pesar de las rosas y de la mentida felicidad de los céspedes, detrás de los visillos de fina muselina floreada, de la moderna arquitectura y del higiénico olor a óleo de las paredes y las puertas.

ISLA DE TRINIDAD

Puerto de negros

¡Puerto de negros! Sensación de negativa fotográfica viviente; efecto dramático de sombras palpitantes, animadas; fué lo que sentí al desembarcar en el Puerto de Trinidad y recorrer sus calles limpias como de porcelana restregada. ¡Qué espantoso! Aquí todas las cosas son blancas y negros todos los hombres y seres vivientes; en los países del Río de la Plata, el conjunto es precisamente al revés: casas y cosas negras con hombres blancos. Y en el Brasil, los ricos son blancos y los pobres son negros... Pero aquí ricos y pobres, gobernados y autoridades inmediatas; todos, absolutamente todos, tienen ese mismo color negro profundo del Infierno.

Supe más tarde que unos cuantos blancos rubios, que no se les ve porque se encuentran demasiado alto, son los verdaderos amos y señores de aquel Puerto y de toda la Isla de Trinidad es-

clavizada al poder británico. Supe, además, que servía de punto estratégico para todo el mar Caribe.

¿HINDUES?

¿Hindúes? ¿Indios americanos vestidos como hindúes?

Pero es que esta gente, que resbala silenciosa, en manada, no tiene el color ni los rasgos de los indios de América. Son cenizos, aplomados y tienen la piel sin jugo como costra de rama seca y acomodada sobre los huesos como las momias. Los indios de América tienen la piel estirada y vidriosa, ardiente, como de barro pulido y horneado, y cuando son de la tierra caliente, su barro es mate y amarillo como barro de río. Los indios de América son lisos; su anatomía es casi imperceptible y estos hombres y mujeres extraños parecen desollados a fuerza de tener acentuadas todas las honduras y salientes de sus músculos y los más finos detalles de su organismo todo; muestran a la luz las grandes arterias, los tendones y hasta el esqueleto . . Los indios de América son de piedra desbastada a grandes planos y éstos son de madera dura — "palo de fierro" —, talla-

dos con minuciosidad. Aquéllos son herático, inmóviles, fuertemente plantados en la tierra, y éstos son rítmicos, ondulantes y parece que sus pies, levemente suspendidos sobre el espacio, no tocaran la tierra... Decididamente esta Isla de Trinidad es una humorada inglesa, fabricada especialmente para dar sensaciones fuertes a los turistas. En el casco del Puerto, todo negro. En los alrededores del Puerto y en el corazón de la Isla, mayoría de espectros de hombres de una colonia de esclavos pasivos que se encuentran al otro lado de la bola del mundo. Todas las mujeres van sentadas sobre apretados manojos de caña de azúcar, que son transportados en pequeños carros tirados por burros, y todos los hombres, absolutamente todos, caminan a pie. Inclusive ancianos exprimidos como dátiles, que arrastran sus piernas y sus brazos nudosos como raíces. Las mujeres cubren sus cabezas y espaldas con largos y transparentes velos blancos que apenas se agitan con el silbar del viento y portan túnicas de igual tela y color que en arrugas simétricas se doblan clásicamente sobre sus pies desnudos y planos. Sus antebrazos hasta el codo; y sus tobillos hasta el muslo están oprimidos por hileras compactas de brazaletes de plata bruta labrada a martillazos. Estos, por regla general, simulan serpientes que se muerden la cola y brillan espléndidas sobre la ceniza obscura de sus carnes. Los hombres visten también de blanco, pero las telas de sus trajes son de calidad más grosera. Algunos llevan turbantes y van casi desnudos

con sus garras horriblemente sucias y caminan mirando siempre adelante como sonámbulos. ¿Faquires locos de la India?

La extraña caravana muda de misteriosos aparecidos en una Isla de América, continúa desdoblándose sobre el camino inmenso, escoltado por enormes árboles "camichines" que se abren extensamente, aplastándose sobre la tierra como fantásticas sombrillas rojas y lilas . . . Hace siglos los ingleses enviaron a esta Isla miles de hombres, de mujeres y niños de la India, con la misma naturalidad que exportan ganado Sebu . . . Necesitaban poblar sus dominios de América con gentes tradicionalmente sumisas a su voluntad. Los esclavos, arrancados ferozmente a la tierra donde los parieron sus madres, se vengaron conservando intactas sus costumbres y envenenando a la Isla toda con su tristeza inmensa y sus horribles supersticiones.

Los negros, que con ellos comparten el destierro, han sido magnífico material para su empresa. Difícilmente existe en el mundo un lugar donde lo desconocido perturbe más el espíritu de los hombres que esta Isla de Trinidad. Los negros son retorcidos, ruidosos, charlatanes, y se mueven como si tuvieran rotos todos los huesos y dislocadas todas las articulaciones . . ., los negros son jocosamente dramáticos. Estos hindúes son, por lo contrario, austeros, silenciosos, clásicos como etruscos en su belleza y, en vez del ruido feroz de los negros, aman la contemplación . . ., pero, sin embargo, unos y otros se encuentran en el asom-

bro sin límites por las cosas ocultas, en el terror por lo desconocido, en la superstición que mantiene la vida en una zozobra sin fin...

...Razas de esclavos sumidas en la sombra de la ignorancia que tanto conviene a los explotadores imperialistas.

Los países, como los hombres, se dividen también en explotados y explotadores. Países pequeños territorialmente y de reducido número de habitantes consiguen doblegar bajo el peso de su esclavitud a países inmensos como el Brasil, como la India. Les roban sus riquezas representadas por las materias primas de sus suelos..., los convierten en acreedores forzosos al tipo de intereses que ellos mismos eligen y en compradores obligados de sus productos al precio que se les antoja marcar en sus mercancías, eliminando toda posibilidad extraña de competencia, por medio de la fuerza armada si las circunstancias lo exigen... países explotados son todos los que desde hace largos días vienen tocando las costillas del "Pan American"... Países explotadores, el de la más rica y voraz burguesía del mundo; el que pisaremos dentro de 10 días, cuando el "Pan American" explorador imperialista de los mares del Sur, rinda cuenta a sus amos de la "Monsoon Line" en la ciudad de Nueva York, lengua de 19 kilómetros de largo que lame los rincones más recónditos del mundo.

Pude después tranquilizar mi espíritu estrujado y zarandeado por la belleza tropical recordando el límpido Mar del Plata "mi mar", el

mar de mi tierra. Mar del Plata, Mediterráneo del Continente Americano, la belleza agresiva de las costas del Brasil encendido, y la trágica Isla de Trinidad, no me hacen olvidar tu espléndida serenidad...; recuerdo las playas que bañas de arena fina y relumbrante como de cristal pulverizado.

El último Salto

El "Pan American" se está entrenando para dar el último y más grande salto de su viaje.

Ya no se verá la costa del Brasil llameante y recortada.

En cambio los crepúsculos del intertrópico incendiarán todo el mar como si fuera de aceite.

Todas las tardes el barco que nos lleva caminará entre un círculo de fuego.

LOS MEXICANOS EN ESTADOS UNIDOS

El Barrio Mexicano

El Barrio Mexicano está cada día más solo y más trágico. Cientos de ellos salen expulsados cada semana rumbo a México. Silencioso éxodo cargado de amargo rencor y odio hacia la raza de los explotadores rubios.

Regresan pobres, viejos, extenuados, cargados de hijos. Su casita, que fué adquirida a fuerza de pequeños y dolorosos ahorros, ha quedado abandonada a merced del gobierno norteamericano, pues éste se las confisca por las contribuciones no pagadas... Pierden, también, sus muebles porque las cosas que se compran nuevas aquí en 25.00 ya nunca más se venden. ¡La vida es tan barata!... Y cuando ya ceden agobiados por la falta de trabajo y la miseria implacable; cuando la inmigración norteamericana, verdaderos perros de caza, se lanza sobre ellos apoderándose de sus humildes "propiedades", es entonces cuando los vemos sa-

lir rumbo a México, camino de la tierra inolvidable, vencidos y desgarrados, cambiados como si fueran otros: han perdido el paladar, a fuerza de comer las horrorosas comidas en latas y carnes congeladas de los norteamericanos; han perdido sus hábitos, sus gustos y hasta el dulce acento de la lengua mexicana...; han perdido su andar, sus "Guarachos", sus "Tilmas"..., sus maneras pacíficas y suaves... Muchos de ellos están tuberculosos, exprimidos mil veces y de mil maneras... El capital norteamericano ha vivido de su sangre, los ha succionado en las vías férreas, en las pavimentaciones de las calles, en las fundiciones, en los pozos de petróleo, en las minas, en las fábricas, en los fragantes campos de azahares de la famosa California..., del mismo modo que exprimen y combinan todos los días el jugo de sus doradas naranjas...

1400 Deportados

Los Angeles, agosto 18 de 1932.

Por la Estación del "Southern Pacific" saldrán mañana para México 1400 deportados. Cinco largos trenes...

Las sociedades presbiterianas y católicas filantrópicas estarán allí para dar las raciones de víveres. Esta nueva remesa le costará a los Estados Unidos nada menos que $20.000.00 (Los Angeles, "Times" del 18 de agosto 1932). La mayor

parte de los deportados van con sus familias; otros apenas si han podido arrastrar alguno de los hijos. La huella de larguísima miseria se ve patética en los rostros de todos.

125 regresan locos y amarrados, porque las autoridades dicen que su enajenación es de carácter furioso. La caridad de los sanatorios norteamericanos no llega hasta los locos mexicanos, pues hay exceso de norteamericanos enloquecidos por la depresión.

Muchos de los deportados muestran grados avanzadísimos de tuberculosis que apenas les permite avanzar con sus propias piernas. Para algunos tuberculosos hubo camillas; no todos pudieron hacer uso de estas ventajas..., porque las camillas son para los tuberculosos norteamericanos.

He podido hablar con algunos. Marlovio Gutiérrez me dijo: "Volvemos a México con la tremenda certidumbre de que nuestra hambre va solamente a cambiar de clima"...; "por eso tenemos los ojos apagados para toda esperanza"... "¡Nos llevan por la misma vía que nosotros construímos con estas manos!... Atravesaremos los campos fruteros que fueron desiertos antes de que nosotros los cultiváramos..., desde la ventanilla de nuestro tren de hambre veremos la línea sin fin de las carreteras asfaltadas que nosotros construímos para orgullo de California. Y echaremos la última mirada a los rascacielos y los puentes en cuya construcción pusimos la mitad de nuestras vidas! ¡Nos echan como limosneros de la ciudad que nosotros levantamos!"

"Y no nos llevamos de aquí más que los corazones desplazados y los pulmones desgarrados por las vibraciones de las perforadoras de aire".

Yo veo, entretanto, desfilar a los agentes uniformados y secretos de la Policía Norteamericana. Veo sus expresiones de autómatas, fríos, enfundados en el orgullo del cumplimiento del deber y de la defensa de la sagrada Sociedad... De esa sociedad que pagaba la obra gigantesca de los mexicanos en los Estados Unidos, expulsándolos en caravanas hambrientas de locos y de tuberculosos...

*
* *

Isla de Trinidad, para desearte aún, distante ya de tus aguaceros y tus soles, es necesario haber llegado a ti con un amante, es decir, con un panal de miel sobre los senos, porque sólo así penetran tu calor y tu "whisky", largamente, en el atardecer, mientras desfilan las negras con el rabo parado, como Josefina Baker, y los hindúes contemplativos y finos abren el aire con sus pulseras de plata.

*
* *

En esta calle corta, en este hotel de madera entremos para abrir los ojos en la oscuridad de un cuarto limpio, y tú me servirás el "whisky" dentro de las sabanas blancas.

*
* *

Ven y asomémonos a ese gran patio de bananas mojadas, en donde canta un pájaro perdido.

*
* *

Quisiera quedarme aquí, bajo este techo de madera, donde las aguas que rompen el calor tienen un ruido hondo y apasionado.

*
* *

Pero hay que regresar al barco que viene a beber petróleo, como los yanquis el buen "whisky".

*
* *

La barca que nos lleva es pequeña y dos marineros negros van cantando en inglés. Yo me he tirado sobre los mangos y las paltas que compré a un vendedor de frutas tropicales.

*
* *

Como tengo la cara ardiendo, tengo miedo de estar borracha.

"Quedémonos, amigo mío. No quiero volver al barco. No quiero ir a Nueva York".

Pero tú me arrastras por el mar, prendido con tu boca a mi boca.

BRASIL

Brasil..., puertos de negros. Estoy ante una masa humana formada por millones de alijadores y pascantes negros, mulatos y portugueses que se retacan curiosos frente a la embarcación recién llegada, y en inmensas caravanas pululan por todos los muelles haciéndolos trepidar con el peso inmenso de su miseria.

Afluentes humanos de derecha y de izquierda van formando el río de la multitud que desea ver partir al enorme buque construído para transporte de guerra y actualmente adaptado para el servicio de carga y pasajeros..., carga de petróleo..., de caucho, de trigo, de carne, de maderas, de salitre, de cobre, de plata, de oro de América.

Pues el "Pan American" va hacia el Paraíso capitalista: los Estados Unidos de Norteamérica, donde se decía que no había miseria y que los proletarios vivían como magnates...

Como la noche que llega empujando la luz, ha puesto pardo el ambiente; los millares de ojos de la multitud brillan envidiosos y escudriñadores. Portugueses sonrosados como niños que se hubiesen disfrazado de hombres con enormes bigotes de lana, vinieron a la América para matar el hambre feroz que sufrían en Europa...; pero ésta, como los gatos, tiene siete vidas...

Y sin embargo guardan en el fondo de su corazón, todavía, un pedacito de esperanza... Por eso están allí atentos, pensando en el día feliz en que puedan también trasladarse al país de ensueño que deberá tocar aquella nave dichosa.

Santos . . , Rio de Janeiro . . , ciudades como flores blancas que se queman en un mar inmenso de vegetación pareja de color, atropellada y retorcida de forma, que hierve como lava volcánica y flamea arañando el sol inmenso del trópico . . .

Yo he conocido, sin embargo, la gangrena de vuestros barrios pobres habitados por negros y mulatos que revientan de hambre . . . Ciudades que esconden las escamas de sus lepras con los afeites más engañosos. . . Ciudades encendidas, atravesadas por hileras sin principio y sin fin de transportadores de café, sorbida ya toda su sangre, exprimida ya toda su carne por la explotación de los Facendeiros y las malarias de tierra caliente . . .

Y aquel negro loco, loco de alegría que en la "Rua Branca" iba estremeciendo a los transeúntes con sus grandes carcajadas y el chasquear de sus aplausos incesantes . . . símbolo terrible de

la raza negra que en el horno inmenso del Brasil enloquece ante la más inicua explotación, explotación en los cafetales... y en las zonas de cauchú, concedidas al magnate yanqui Henry Ford por 99 años, y donde se contesta con la tempestad de las ametralladoras a la más débil protesta..., por contraposición aquel negro símbolo se había vuelto loco de alegría...

*
* *

Brasil..., país inmenso, tan grande como toda Europa, no eres, sin embargo, dueño de tu propio destino...; enorme presa disputada por los imperialismos... Todo tu café, tu cauchú, tu oro, tus diamantes, tus maderas preciosas, la libertad política de tu pueblo, tu mercado de importación y exportación no te pertenecen más que nominalmente...

El verdadero dueño, tu nuevo dueño está sacando la cabeza por entre los edificios altos como chimeneas perforadas que encuadran la dramática calle de Wall-Street.

MEXICO

Un día entré a México por las cumbres de Maltrata. Indios, indios, indios sin plumas, indios con tradición y cultura. Los indios que pidieron la tierra con la carabina en la mano y el pecho retacado de balas. Y yo quise gritar con toda mi alma: ¡Viva México en el paisaje!... ¡Viva México en la luz de Cristal de la meseta, en la música, en los sarapes, en los sombreros, en las pistolas, en los corridos, en el pulque, en el maíz, en la gracia de los alfareros, en los pintores y en los mexicanos! Por México amé a América y por primera vez sentí la arquitectura y la plástica y me hice firme mi pasión de lucha.

* * *

El tren marchaba montaña adentro, abriendo el intertrópico abigarrado y tibio. Y en cada estación recibía la ofrenda maravillosa de la tierra.

Eran los nardos primorosamente guardados en gruesas y frescas cañas de hambúes. Eran los apretados botones de las piñas mielosas y amarillas, casi rosadas. Eran las rojas canastas chiquititas de capullos; eran los dulces tamales de maíz, los pedazos de pollos, y los mangos, las papayas, los zapotes, los millones de frutas nunca vistas en cuyo olor y sabor fuerte y precioso yo aspiraba al México de la tierra profunda con la inmortal, grandiosa arquitectura Azteca, los ídolos y las pirámides.

Los Lagos de Texcoco

Después de las pirámides de Teotihuacán, pasadas rápidamente por el tren, mientras ellas se alejan como oscuros y quietos cuerpos indios, entramos en el original paisaje de la meseta central: campos amarillos rojos y azules de flores chiquititas, magueyes y nopales, paisaje de increíble elegancia bajo una luz brillante que se palpa y tiembla entre el ojo y el dedo.

Y los lagos de Texcoco llenos de garzas finas y bandadas de pájaros, y los grandes volcanes con sus nieves dormidas.

Y este paisaje de extraordinaria belleza rodea a México mucho rato y lo acompaña a uno hasta la entrada de la ciudad antigua, que está asentada sobre lagos, hasta la gran Tenochtitlán.

Persecución

Le habían volado la cara de un balazo al Presidente de México, y el autor fué un cristero, de esos famosos que hacen temblar la tierra de Jalisco con el grito de "¡Viva Cristo Rey y la Virgen de Guadalupe!". Porque en México hasta el Cristo se ha dado más ardiente y vivo, y los que lo aman lo defienden diariamente con su sangre. Yo hubiera hecho lo mismo de haber partido como los católicos de la misma realidad de justicia; pero la Iglesia defiende a los poderosos y es arma contra el oprimido, y yo estaré siempre del lado de los que sufren persecución y hambre. Pero admiro el valor y la tenacidad de esos católicos mexicanos que caen como rosas encendidas frente a las bocas abiertas de los fusiles y llenan a la vez el aire con sus balaceras, mientras huyen con los sagrarios en las misas campales, sorprendidos por el gobierno.

* * *

¿Cuántos días vagamos rodeando la meseta central y las minas de arenas de Tacubaya? Tal vez 15 días, entre minas inundadas de agua que crujían y se desmoronaban, mal alimentados y sin dormir, recibiendo de vez en cuando la ayuda de Sandino, que se encontraba en México por entonces. Era en los días de nuestro gran amor, de nuestros corazones encontrados en la lucha.

Siqueiros, el genial pintor mural de México, que representaba para el turbio gobierno socialista de Calles-Ortiz Rubio — léase imperialismo yanqui —, una bandera de insurrección, de levantamientos campesinos, representante de millares de mineros organizados.

¿Perseguido; y yo junto a él? ¿Y qué mujer no lo hubiera estado?

Rehenes

La noche que yo entré a la prisión con mi hijito de cuatro años sobre el pecho, se encendieron a un tiempo todas las celdas, las de las católicas, las de las comunistas, las de las vasconcelistas, las de las criminales y las de las monjas. Un mismo sentimiento acogedor, un solo acercamiento colectivo de amor y de humanidad, se levantó en un haz de luz sobre la oscuridad de la Crugia, como cuando sacude el temporal las huertas y caen al mismo tiempo las flores y las frutas de tan diversos árboles contra el suelo.

*
* *

Amo ese pueblo donde sufrí tanto, en donde viví realmente. El México de la ardiente belleza, de las luchas y la pasión, donde se hizo madura y fuerte mi juventud, entre el amor y los celos, en-

tre la lucha y la persecución, el peligro y la grandiosa geografía.

Me turba aún el recuerdo de tanta fuerza en la fuerza, tanta belleza en la belleza, tanto valor en el valor, tanta muerte en la muerte. Y cuanto más pasa el tiempo y lejos estoy, más cerca de mí lo siento y aunque ya no viera más sus montañas, sus minerales, sus milpas, sus pirámides, sus museos, su vieja arqueología donde domina la Diosa de la muerte, sus modernos frescos murales, ni nunca más a sus indios y a sus mexicanos, llevaré siempre adentro de mí al México poderoso y revolucionario levantando barricadas de fuerzas, llenando de vida mi corazón.

El barrio de Tepito

¿Quién conoce en México el Barrio Tepito? Yo he vivido 25 días oculta en ese barrio. Es populoso y miserable, verdadera gangrena del México maravilloso.

No es un barrio de obreros; es el refugio, la cueva de los desclasados, de los más hambrientos, de los más desolados, de la verdadera lumpen proletaria. Casuchas de una sola pieza, que son el dormitorio de 5 a 6 personas, el comedor, la cocina y el gallinero. Calles de lodo y pulque derramado, de orines y basuras frente a las chozas y a las pulquerías donde beben y gritan. Y un sol que hace brillar las inmundicias, tiende cristales en los lodazales, y revienta mundos de moscas sobre los granos y las bocas y los ojos de los niños pobres.

De vez en cuando la sangre de las puñaladas transforma el tinte de los charcos, y Tepito abre o entorna los ojos del vicio y de la muerte. Tepito: la noche de mi fuga el niño se quedó dormido bajo la custodia de tus asesinos y facinerosos,

mientras la jauría del gobierno contrarrevolucionario de Calles perseguía a la mujer de un líder comunista. El auto policial con las luces apagadas se había quedado un momento vacío, todos bebían en la cantina sórdida. Era la medianoche y yo acababa de llegar, rendida, desde los bosques de Chapultepec, cuando el anuncio angustioso de mis perseguidores no me dió tiempo de recoger al niño, y otra vez puse mi corazón en marcha hacia el misterio peligroso.

Envuelta en un rebozo de india mexicana, con paso lento para no ser sospechada, pegada y casi muerta al adobe de las paredes, abandoné la población que dormía, con hambre y con fatiga. Oprimiéndome el pecho desierto, madre más que nunca, esposa más que nunca, luchadora, y más valiente y más dramático el corazón que nunca.

* * *

Del hombre, como de una montaña de México, como de un río de América, como de un millón de negros enfermos de malaria del Brasil, como de un millón de indios desnudos y con hambre, como de una joya, como de un árbol, como de un niño —, saco mis elementos de lucha o de belleza para mi pasión de artista y de revolucionaria.

*
* *

Aquel pequeño y blanco cementerio de Tarco, perdido en la montaña como un zapato blanco, sepulturas sin cruces, sin nombres y sin huellas, cementerio de indios, lleno de plantas crecidas. Lo mueven las nubes blancas y los caminos misteriosos del alma. Entre tantos nidos blancos hay un pequeño corazón inmóvil y sin suspirar. Recuerdo la tarde alejada y triste en que sobre los hombros de unos niños humildes se llevaron la caja de 50 centímetros. Cuando fué la noche regresaron mi compañero y mi hijo de 5 años, se acostaron uno de cada lado y hasta el día claro llegó la conversación de lágrimas.

El águila y la serpiente

Acá en el valle, la transparente luz y colgados del aire ángeles de cristal, lagos de Texcoco con pesraditos blancos y garzas finas y los volcanes con su señorita dormida.

20 años . . .

Y en la tierra pelada y fuerte del Norte se levanta el crepúsculo polvoriento de la Revolución. La cara enjuta y terrosa del indio mexicano pegada a la carabina dramática.

Tras él la santa soldadera con un hijo colgado de la espalda, otro del seno y uno en cada mano; con ellos va el perro y hasta el perico, quiere decir toda la choza en éxodo miserable, camino de la conquista de la tierra, "camino de los grandes ideales" a los que fueron lanzados y por cuyos caminos todavía andan sangrando.

Martín Luis Guzmán es el primer escritor revolucionario de México. Desde luego, de acuerdo con la Revolución Mexicana.

Hay que decir que Guzmán, que ni lo preten-

de ni de seguro le importa, ha marcado el verdadero camino de la literatura revolucionaria en América Latina.

El Aguila y la Serpiente: sencillo, humano, bello, brutal.

A veces piensa uno en los rusos, porque, como a ellos, le sacude esa cosa interior que quema al hombre en su búsqueda desesperada de la verdad. Y a ellos lo acerca el ambiente fervoroso de la revolución que los agudiza y los enardece, y más que nada en el estilo preciso y acre.

Y como los viejos rusos, tiene de pronto un aire romántico y anarquista con el que quiere llevárselo a uno.

Yturbe es una margarita blanca de talle muy alto.

Y Fierro.... ese Fierro es un puerco sangriento, odioso, maldito. Yo, íntimamente, no puedo perdonar ese capítulo; de él he salido rota, deshecha, con un hombro menos, fatigada, con falta de aire, sin poder llorar, horrorizada, abatida, rendida... Cuando lo terminé, estaba anocheciendo. Había circo en Taxco; mi compañero y yo habíamos pensado ir, pero el tambor del circo sonaba seco y dramático sobre el viejo caserío...

Fierro... Fierro...! "¡Ay! por favor, agua... ¡ay!... y una bailarina de sangre me empezó a dar vueltas en el corazón.

La costa del Pacífico frente a México

Esta es la costa tórrida atestada de pájaros y de flores violentas como crestas de gallos, y de torneados pájaros como huesos blancos.

Y este es el mar Pacífico de antiguas naves-héroes; la leyenda ha quedado incrustada en las sales... que el mar... que por el mar las naos...

Las naos que venían de China cargadas de sedas, de lacas y de oro labrado para los Reyes de España... Y siempre fueron asaltadas por la piratería en el mar y en la tierra, cuando pasaban el camino Borda, ese angosto y empedrado camino hecho para calesas de Infantas y para pobres cargadores de oro.

Los caminos que envuelven nuestro Taxco querido. Tú recuerdas, mi bebé; los has cruzado tantas veces conmigo.

Son los mismos caminos por donde cruzó antes la carga de oro de los minerales, los hombres españoles, los indios mexicanos, los piratas y los chinos.

Pueblos que como Taxco y Cuernavaca guardan aún entre macizas piedras los jardines de Borda, las fuentes, las pilas. Las iglesias que el minero francés enriquecido, miedoso de encontrar tanto dinero entre remordimientos, construyera.

Veracruz y Acapulco eran los puertos de entrada y de salida.

Y en este viejo Fuerte de San Diego, por donde pasas dando tu mano a David, se libraron, tal vez, las más heroicas defensas del tesoro de las naves.

Mira bien este mar lleno de cuentos y lleno aún de hermosas realidades.

Mar manador de perlas y de terribles costas tropicales, en donde la malaria hace su estrago entre los pobres hombres que trabajan.

Es el mar de Acapulco entre las palmas donde trepan los negros y los indios cazadores de cocos y de pájaros.

Acapulco lleno de patios coloniales y anchos, con hamacas para la siesta plácida..., y con niños tostados y desnudos que juegan con caracoles de divino nácar..., montados en tortugas dulzonas y pesadas.

Mientras que tú, agobiado por el clima, te bebes el agua fresca de los cocos.

Lotería Mexicana

Es un extraño y bello poema, con los sencillos nombres populares que da un campesino mexicano a las figuras de un Cartón de Lotería. Están bajo una carpa húmeda y llena de viento. Un farol entumecido de lloviznas y nieblas. Un círculo apretado de pardas cobijas y 20 sombreros mexicanos:

— Tambor o caja de guerra.
— La casa de un jabonero.
— Tanto va el cántaro al agua.
— El que espera desespera.
— El soldado es "melitar".
— El gallito de Carrizo.
— ¡Ah! ¡qué araña tan patuda!
— Arriba, bramaba un toro.
— El que comió la mazorca.
— Embarcación española.
— La cobija de los pobres.
— El enano chaparrito.

— La sirena encantadora.
— La piña de cien botones.
— El músico toca y toca.
— Aguila Real del Estanco.
— ¡Ah! ¡qué subida tan larga!
— El corazón de una ingrata.
— Enano, ¿por qué no creces?
— De qué paredón se habrá "caído".
— La muerte calaca y flaca.
— A la que ni el peine le entra.
— La "Sandía" y su rebanada.
— El melón de Cuatelteco.
— La luna en cuarto menguante.
— En Chichuahua ¡cuánto apache!
— El que le cantó a San Pedro.

La Universidad de Pomona y la isla de Santa Catalina

Es en la Universidad de Pomona donde está el fresco del gran pintor mexicano José Clemente Orozco, y que representa a Prometeo encadenado.

De estilo colonial, asoleada y amplia, esta Universidad ha sido dirigida por el notable arquitecto Spoulding, un enamorado de la arquitectura tradicional de los españoles.

El mismo Spoulding nos ha llevado allí una tarde atravesando campos verdes de jugadores de Polo y penetrando luego en las carreteras angostas y elásticas de Pomona, donde el campo cerrado de naranjas y azahares le tiende a uno una emboscada de perfume...

Hemos llegado y vamos a cenar allí; la mesa larga y sobria ha sido tendida en el gran salón, frente a Prometeo. Robados constantemente del ambiente, absorbidos por el fresco gigante, de pronto yo creo que va a salirse; yo lo veo pugnando por arrancar de la bóveda, contorsionado

y atormentado como si tuviera el mismo rostro fiero y místico de José Clemente Orozco

Los muchachos de fresca y ancha sonrisa americana nos interrumpen con alguna investigación: "¿Hay automóviles en Sudamérica?"

Y Prometeo amenaza con arrancar el cielo.

Adentro hay un rumor glorioso de piscinas; los cuerpos blancos y atléticos suben y bajan. Otean la superficie y otra vez se hunden en la esmeralda sulfúrica de las aguas.

La isla de Santa Catalina

A treinta millas de California está esta isla mágica del Océano Pacífico. Es un golfo taciturno y triste, donde se amparan largos y terribles vientos que arrancan las plataformas de los profundos y manadores pozos de petróleo...

Pero adentro de la isla, escondida como un verdadero tesoro, cada cosa cobra un valor nunca visto: el barro sirve para famosas decoraciones, los caracoles tienen una forma extraña, las plantas, los pájaros, las frutas son distintas a las demás plantas y flores del mundo. Pero el encanto máximo no está precisamente a la vista de los que ponen los ojos sobre la tierra... el encanto extraordinario está profundamente adentro del mar: ¡son los fantásticos y alucinados jardines submarinos! Las barcas de piso de cristal se deslizan sobre la superficie de las aguas conduciendo a los hombres inclinados hacia el fondo del mar,

¡hacia el fondo del mar! ¡Venid, poetas y queridos niños! que vamos a ver pasar los rápidos y maravillosos peces, los árboles de increíbles follajes, las flores anchas y amarillas o las pequeñas y rojas, o las azules o blancas! — Los hombres que inclinados en la barca de vidrio cruzan sus miradas con los peces y contemplan los paseos guardados y solitarios de los poetas!

La barca sigue recorriendo la isla de jardines submarinos, extáticos, pálidos y profundos...

EMILIANO ZAPATA

El primer hombre que levantó en México la bandera del Agrarismo.

Antes de la revolución, Zapata fué un "capo-ral". Domaba los caballos de la aristocrática familia de don Ignacio de la Torre, riquísimo latifundista mexicano y dueño del Estado nativo de Zapata, el Estado de Morelos.

Emiliano Zapata fué el primer hombre que enarboló en México la bandera del "agrarismo", exigiendo la devolución a los pueblos de sus tradicionales "ejidos". Así se llama en México a las tierras comunales pertenecientes desde tiempos inborrables a las poblaciones campesinas, y las cuales les fueron arrebatadas por todos los medios para agrandar los interminables latifundios de los señores hacendados

Zapata era un hombre inculto. Apenas sabía leer y escribir; pero era dueño de un admirable talento natural y de una profunda convicción revolucionaria.

No tenía el genio militar de Villa, el dinamismo diabólico del cruel guerrillero del Norte; pero su tenacidad era inaudita. Zapata no tuvo nunca brillantes victorias militares. No aventuró jamás su causa con alucinadas ofensivas. Zapata fué siempre sobrio y medido en su táctica, que consistía siempre en moverse en regiones inexpugnables. Y el paisaje de Morelos, volcánico, agrietado y espinoso, sirvió de cuadro principal a sus campañas.

Zapata hablaba a las masas mexicanas en su propio lenguaje y desde su propia realidad. Su lenguaje tenía ese romántico y subversivo sabor que tenía el que usaban los gauchos en las épocas de las montoneras. El sabía hacer que sus palabras llevaran su pensamiento hasta los más lejanos rincones de las sierras de México.

Zapata extendía su propaganda con extensas cartas escritas con terrible ortografía y aún más terrible caligrafía; pero de una belleza lírica maravillosa y de una ardorosa vehemencia revolucionaria. Yo pude leer algunas que posee el general Triana, antiguo soldado de Zapata y más tarde candidato comunista a la Presidencia de la República. En ellas hace comentarios de sabiduría instintiva, pero profunda.

Refiriéndose a la revolución rusa, nos muestra el sentido universal de su pensamiento político: "No estoy luchando solamente por mis indios de México, sino por los campesinos del mundo entero"... En algunas manifiesta estar orgulloso de saber que el grito lanzado por sus

hombres desde la Sierra del Jilguero, en 1908, exigiendo "tierra y libertad", había repercutido hasta "las Rusias", y pregunta cómo hacer para enviar "un propio" (hombre a caballo) al "ejército libertador" de aquel lejano país, pues era necesario "que todos los campesinos del mundo obraran de acuerdo".

Zapata combatía, hablaba y escribía con igual fervor.

Como todos los grandes revolucionarios, Zapata fué acosado por ofertas corruptoras. El presidente Madero, caudillo de la primera revolución mexicana, abofeteó antes que nadie su pureza revolucionaria. Pretendía hacer que Zapata depusiera las armas y esperar pacíficamente que la conquista de la tierra se obtuviera por medios legales. Zapata tenía un gran cariño personal por el "apóstol" Madero, entonces ídolo popular de México; pero sus palabras mezquinas lo derrumbaron del corazón del indomable combatiente. "Se le daría una hacienda riquísima en el Estado de Veracruz a cambio del desarme y desmovilización de su ejército".

Se le pedía que entregara sus hombres. Se le pedía que las cosas volvieran al estado de antes; es decir, se le pedía que las tierras de los pueblos siguieran en poder de los expropiadores criollos y "gachupines" y que éstos siguieran cotizando las vidas de sus peones a cinco pesos por cabeza... Zapata no dijo nada; sin alterarse lo más mínimo, oyó la cruel proposición; pero en la noche de ese mismo día abandonó precipitadamente y por ca-

minos ocultos, la capital de la República para volver a su Sierra del Jilguero, desde donde había de levantar nuevamente, con más fuerza aún, el incendio de la revolución campesina mexicana.

Y los trovadores populares respondieron a la brava actitud de Zapata iluminando la flor de sus corridos:

«Dicen que me han de borrar
la vereda por donde ando;
la vida me quitarán,
pero la vereda, ¡cuándo!

. . . . . .

«Dijo Emiliano Zapata
en las montañas sureñas:
Nada de limosna al pueblo.
Hay que dar toda la tierra.»

. . . . . .

Zapata fué perseguido despiadadamente por las mejores tropas del general don Porfirio Díaz. Los generales que las comandaban habían hecho sus cursos militares en Alemania y Francia. Eran alumnos distinguidos de la escuela de Saint Cir. Perteneciendo a las aristocráticas familias criollas del país, ponían un celo particular en la empresa: "Los bandidos zapatistas pretendían robarles sus tierras..." El mundo no conoce la bestial carnicería que estos distinguidos militares

de sangre aristocrática llevaron a cabo en el Estado de Morelos. Acorralaban pueblos enteros, asesinando a todos sus habitantes por considerarlos unánimemente simpatizantes de la causa agraria.

De la violencia sin ejemplo usada por el gobierno de México en esta campaña, parte como consecuencia lógica el carácter extraordinariamente sangriento que había de tener más tarde la revolución entera en ese país: La violencia engendra la violencia ..., y el primero que la usa es el responsable ... Los bravos estrategas del "invencible" ejército federal mexicano fracasaron en su intento, y Zapata llegó triunfante hasta la capital de la República, y la "ciudad de los palacios" vió indignada desfilar por sus calles al ejército de los campesinos indios con sus inmensos y agresivos sombreros y los torsos retacados de balas. Hasta los sótanos de las mansiones aristocráticas penetró el sonido bestial de las trompetas de cuerno zapatistas.

Pero la tierra todavía no estaba conquistada. Había que volver a las sierras nuevamente a pelearlas, pecho a pecho contra los soldados federales del nuevo gobierno, que no había disuelto al ejército porfiriano.

Cuando la política de corrupción empleada por Madero no tuvo éxito, se usó nuevamente de la fuerza. El general Truci Aubert, de abolengo galo, fué enviado a combatir al rebelde. Las escenas de terror se repitieron ...; pero los valientes campesinos de Morelos resistieron heroicamen-

te, y la nueva intentona de represión fué un nuevo fracaso. Emiliano Zapata y sus soldados consiguieron arrojar a los invasores, invadiendo, a su vez, los lugares estratégicos del gobierno en las proximidades mismas de la capital de la República. La bravura zapatista extendió el fuego de la revolución campesina más allá de los límites del Estado de Morelos, y la lucha por la tierra tomó caracteres nacionales. La Sierra del Jilguero fué el cuartel general de una campaña destinada a obtener la devolución de los "ejidos" a sus comunes dueños: los pueblos.

Nuevamente desfilaron las tropas zapatistas por la capital de la República, haciendo temblar de terror a la aristocracia latifundista. Entonces no llegaron solos: por las mismas calles desfilaron los macabros "dorados" de Villa y los "rieleros" del general Fierro. También cruzaron por las calles los "colorados" de Maclovio Herrera y los "sombrerudos" de Lucio Blanco. Francisco Villa, Canuto Reyes, Urbina, Chao ocuparon, con Zapata, "el tuerto Morales", Otilio Montaño, los sillones presidenciales y se hicieron retratar en ellos. (Consta la fotografía histórica). Los ejércitos libertadores del Norte y del Sur habían establecido contacto en la propia capital de la República, ciudadela invencible durante más de treinta años...; pero el descubrimiento por parte de Zapata de que el villismo carecía de programa concreto sobre la tierra, limitándose a simples alardes demagógicos, y conociendo los turbios procedimientos del guerrillero del Norte, que pre-

tendería seguramente deshacerse de él y de su lucha en las propias calles de la ciudad de México. Lo obligó a salir, nuevamente, con precipitación de sus tradicionales refugios militares, para insistir, desde ahí, tenazmente, en favor de su programa.

El villismo, aliado condicional del zapatismo, fué desangrado seriamente en las batallas de Celaya y Trinidad. El genio militar del jefe de la división del Norte fué quebrado por la táctica yaqui del general Obregón, y el carrancismo triunfante intentó también el desarme del ejército suriano mandado por Emiliano Zapata. La respuesta del caudillo campesino fué terminante: "Entreguense las tierras a los pueblos, y desmovilizaré mi ejército". El carrancismo no aceptó la condición, y encendió nuevamente la guerra. Zapata contestó con igual energía, y consiguió desalojar varias veces a las tropas carrancistas de sus regiones estratégicas. El gobierno comprendió que Zapata era, militarmente, invencible, y, cansado de perseguirle de frente, le buscó la espalda. El coronel carrancista Jesús Guajardo, jefe de un sector de las operaciones militares en el Estado de Morelos, escribió al caudillo largas cartas, apareciendo en ellas como ganado por la causa agrarista. "Quería servirla, y demostrar su lealtad, del modo que Zapata se lo pidiera ..." Aseguraba en ellas que todos sus hombres lo seguirían. Hasta que al fin Zapata escuchó y cedió, convencido de la sinceridad de Guajardo. Solamente exigía una cosa; era una condición

seria y definitiva: el coronel Guajardo demostraría su adhesión a la causa campesina atacando de inmediato la población de Yautepec, Estado de Morelos, ocupada en ese momento por poderoso destacamento federal. Y el coronel Guajardo no puso ningún obstáculo, y aquello fué la más evidente prueba de lealtad para los agraristas. En efecto, en la tarde de ese mismo día, Guajardo y sus hombres se echaron sobre Yautepec en una refriega sangrienta en la que fué totalmente aniquilada la escolta federal y reducido a su tercera parte el batallón del coronel Guajardo. Habiendo tomado ya en su poder el pueblo de Yautepec, el coronel Guajardo mandó informar al general Zapata de la hazaña, e invitábale a concurrir en persona a la plaza conquistada. Entonces al general campesino no le quedaba ya la menor duda: para ello estaba fresca aún la sangre de tantos hombres: el enemigo había sido desbaratado por su lado más fuerte. Además, ¿podía el indio noble imaginarse semejante traición?... Y fué así cómo, acompañado tan sólo por su Estado Mayor, se presentó, casi al caer la noche de ese día, a participar en aquel patético escenario en donde actuaban la traición y la sangre...

Entre las casas destruídas, por sobre las cercas tumbadas, situó Guajardo a 20 de sus mejores tiradores —no necesitaba más—. Y desde la entrada del pueblo le lanzó una descarga cerrada que le quitó la vida al valiente general indio junto con su Estado Mayor.

¡10 años!...

Aniversario de Emiliano Zapata. Cuautla. Lugar de su nacimiento y de donde se fué a la revolución con el grito de "Tierra y Libertad". Una bandera morada y una calavera blanca en el centro.

La memoria de Zapata es cada día más romántica y se pierde en el aire de las montañas del sur.

Sin embargo, todos los pueblos que rodean al famoso Estado de Morelos siguen empobrecidos y miserables, tal como los dejaron las cruzadas libertadoras de los "bandidos zapatistas".

No hay hombre de 50 años que olvide la cara de Emiliano Zapata. Los que fueron con él tienen todavía la cara impresionada con el resplandor de aquel tiempo. Y las viejas y los viejos que fueron ricos, cuentan a uno el paso de aquella bárbara caravana que pelaba a los pueblos hasta dejarlos sin lumbre por varios meses: "guardábamos la lumbre noche y día bajo la tierra para que se conservara".

Y en este histórico Taxco existe, más que en ningún otro pueblo, un rencor inmortal por Zapata: "los divisábamos desde el Chimborro, cuando los miles de bandidos bajaban por la montaña rumbo a Taxco"...

Los viejos enterraban el oro, y el templo se llenaba de súplicas inútilmente...

La marcha viril de los revolucionarios se ve-

nía encima desde los más remotos y terribles caminos de las montañas.

Los bravos guerrilleros zapatistas, campesinos enjutos y fuertes, con las balas decorándoles el cuerpo, con los sombreros más grandes del mundo y en un brazo las ágiles carabinas con las que pedían la tierra.

A Emiliano Zapata le toca un aire de leyenda sangrienta... Pero, ¿qué fué Zapata comparado con otros generales de la revolución mexicana, cuyas "hazañas" se disimulan con cautelosa política?

Emiliano Zapata fué el más auténtico revolucionario de su época. Su lucha, su valor, su tenacidad, estaban parados sobre una idea de positiva justicia social: Toda la tierra para los pobres, sin amos y sin capataces.

LOS ANGELES CALIFORNIA-FILM

2 Millones de habitantes.
1 Millón de automóviles.
1 Barrio Chino.
1 Barrio Mexicano.
1 Crítico de Arte.
1 Fresco místico de Orozco.
3 Frescos revolucionarios de Siqueiros.
200.000 hombres sin trabajo.

Esto y otras cositas más son Los Angeles, es decir, un poco de los Estados Unidos.

Ya sabemos que la Xa. Olimpíada se llevó a cabo aquí en el fantástico Stadium de California, precisamente en el mismo momento que las ametralladoras de Hoover barrían en Washington con los viejos Veteranos.

Pero no todos saben que el día de la clausura olímpica un incidente sensacional puso la nota humana en aquel espectáculo un poco bufonesco lleno de Campeones Imperialistas..., cuando 20

mujeres comunistas asaltaron el Stadium en trajes deportivos para facilitarse la entrada y desenvolviendo grandes carteles de tela blanca con letras rojas que decían: "Queremos la libertad de Toom Money"... "¡Toom Money es inocente!"...—, saltaron al centro mismo del grandioso campo ante el asombro sin límites de 200.000 personas.

BROADWAY

Estamos en Broadway...

Los aparadores magníficos han recogido en sedas y gasas estampadas el relámpago de la primavera...

Vamos a ver ahora una clase de mendigo elegante que circula entre la arrogante burguesía de Broadway. Este es un hombre que sale al mediodía o a las seis de la tarde tocando el saxofón, y esta es una señora de sombrero y guantes que vende lápices y manzanas..., y esta es una muchacha de carita rosada que nos invita a retratarnos...

Y en la espalda de Broadway, en la importante calle de los Bancos, hay un muchacho joven vestido como un cazador de leones que se pasa el día haciendo y deshaciendo esculturas de arena mojada; junto a él hay una bandeja grande que no se llenará nunca y en la que navegan algunos níqueles. Arriba, un letrero discreto dice: "¡Ayuda a este artista que no tiene trabajo!"

Y la austera y filantrópica burguesía arroja al pasar su limosna sonora. Y el escultor, que

por cierto es un pésimo escultor, sonríe y da las gracias; mientras hace y deshace sus sirenas, sus leones, sus peces, sus soldados...

La noche en Broadway

Detrás de las verjas cerradas; detrás de los muros enormes vive otro mundo... Detrás de las vidrieras están amontonados los diamantes.

Rugen los radios y los cines sincronizados. Vive otro mundo...

Detrás de las cajas niqueladas y fuertes a través de cristales gruesísimos están los transatlánticos pintados; los barcos como pequeños y maravillosos países..., los barcos que hablan de largos viajes al Este, al Oeste, al Norte, al Sur...; Francia..., Inglaterra, ... Hawai..., la India..., las palmas de La Habana, y la Bahía del Brasil.

Las valijas de tersos y preciosos cueros, las bufandas, los abrigos, los guantes y la música que lleva el vapor...

Y otra vez los cines de fantásticas iluminaciones, alfombrados, silenciosos y tibios. Adentro y en el hall están los empleados vestidos como Reyes antiguos, y como los papagayos del Perú con trajes verdes, colorados y azules, cubiertos, además, con charreteras doradas y galones de seda. Capa y tricornio. Pintados y empolvados. Explotados y humillados por el gusto abominable de los amos. Disfrazados día y noche como los

Emperadores para gritar: "15 centavos; 15 centavos para ver la última película de Greta Garbo". "Pasen"..., pasen..., pasen"... Y vuela con el aire frío de la calle la capa y las plumas del trabajador que sonríe desde el lujoso hall del cinematógrafo.

Down - Town

Tres cuadras más abajo de Broadway y estamos en los Barrios bajos... Entre las enormes masas de desocupados arrinconados y miserables, rodeados de mujeres y niños, poco a poco se van acercando figuras casi atléticas de hombres que piden para un pan o un café; se puede reconocer inmediatamente al obrero que fué hasta ayer dueño de sus brazos y de su salario; ahora, extenuado, avergonzado, sin saber cómo estirar la mano para la limosna, se acerca y casi no habla... Seguimos más abajo, más abajo aún, hasta la oscuridad de los sótanos, de los basureros y de las letrinas, y más grande y terrible es la masa humana... Llenan los campos abandonados; han sido centenares de ellos lanzados por los arrendadores, y por el "tax" terrible...; allí están en medio del campo, a la intemperie, con camas, niños y perros... Regresamos para dormir en un cine de 5 centavos, de esos que están abiertos en los barrios obreros desde que los sin trabajo hacen temblar a los Estados Unidos... En la pantalla ríen las multimillonarias estrellas de Hollywood,

las famosas despilfarradoras de dinero y venenos estéticos.

En la semioscuridad de la sala esperan el amanecer, hombro sobre hombro, niños, viejos, mujeres y hombres.

Algunas lamparitas rojas señalan las puertas de salida y recuerdan, también, el color de las reivindicaciones.

A ti, que me amplificaste y me diste un contenido humano.

Oirás el trueno de mis rodillas altivas, de mi alegría pura.

Mi boca te golpeará en un abordaje desesperado, vivirás asaltado por mi respiración.

Oirás arriba de mi vientre un rumor de vida tan inmenso como si corrieran las aguas del Mississipi.

Amasaras conmigo una nueva tierra.

* * *

Mientras escribo, pienso que me recibes en mi letra angulosa y ruda. ¿No ves mi mano abierta sobre el papel? ¿No ves mi pelo derramado? ¡Oh! querido, ¿por qué no has leído aún el libro de Isadora? Verás cómo todos los grandes apasionados se libertan. La vida es cerrada y profunda, hay que venir desde lo más hondo de ella para ganar serenamente, libertariamente la superficie. De afuera no se le puede violar, no

se le puede engañar. Primero te he parecido fe. vola, después te ha paralizado el respeto. Mírame, mi pensamiento y mi cuerpo desmedidamente, sagradamente libre, por eso amo el espíritu vivo de Isadora, su vida arde con el ardor terrible de las estrellas que no se apagan nunca. Pienso en esas ruedas de hombres hipócritas y sensuales, estúpidos y sórdidos que nos rodean y nos saludan diariamente, pienso en esas mujeres ociosas y adúlteras de las siete y media y en esas pobres chicas jóvenes y prostituídas que sonríen deliciosamente al atardecer.

En un escenario fantásticamente horroroso te mueves, entre espejos de prostíbulos, flores de papel y mozos celestinos. Claro que yo no estoy en el Acrópolis, pero el valor de mis ideas y mis actos me ha rodeado de soledad como a Juana de Arco el fuego, y para la revolución, que es mi vida, he dado todo mi corazón y mi cerebro como una brasa, y no como una paloma.

Y desde esta ardida soledad te he mirado y te he agitado; y mi exaltación ha provocado el escándalo de los hipócritas, que ahora se derrama como un río sucio por las calles. Y yo pasaré por él con la misma fuerza de mi alma.

*
* *

Es atroz, es canalla que sórdidos enemigos me ataquen, por ese instante de mi vida del que

no me arrepiento. Wilde lo dice: "Arrepentirse de las experiencias que uno ha conocido, es detener su propio desarrollo; negarlas, es poner una mentira en labios de su propia vida. No es nada menos que el renegamiento del alma".

Absurdo es que para desprestigiarlo y desprestigiarme le hayan llamado burgués, bandido y Al Capone. Yo lo recuerdo como a un Emperador. Y como aquel otro "Rey de la vida" ha sido **alguien** en un mundo donde todos pasan con una velocidad de sombras de locura. Era un audaz y un triunfador, y sabía que vivir no es ese ideal doméstico de llegar gordo y feliz a la vejez, sino atirantado en cualquier gran pasión, en cualquier grande lucha, un año, un mes, un minuto, y que hay millares y millares de seres viviendo años, millones de años y se van de la vida vacíos como fantasmas.

*
* *

Juntos detrás de las lágrimas.

CARTAS DE PARRA DEL RIEGO A BLANCA LUZ

¿Crees que me pasaré la vida llorando de impotencia y amor a tu lado como un cobarde?

Te robaré del convento. La vida es así. Una marcha. Los que quieren ir con ella tienen que ser fuertes, decididos, locamente aventureros y sentimentales. Vámonos, juguémonos con valor el destino. ¡Vámonos! ¡No seas cobarde! ¡Acuérdate del campo! Piensa en tu destino. Ama tu destino de mujer libre y poetisa.

Dios y el arte te han puesto en mi camino. No seas cobarde. Rompe lazos con todo. Sé mía, que te amo con maravilloso y salvaje amor. ¡Vámonos! Te robaré del Convento. ¿Quieres? Piensa serio esto. Marquemos nuestra época con un amor divino y espantoso.

Mi alma querida. Mi amor. Vámonos.

Llegó la caja de jazmines que me enviaste, la abrí y me quedé allí con la cara metida largamente... ! ¡Qué delicia! Un frío como de luna corriéndome por el corazón y todo el cuerpo. No eran los jazmines. Ya no era esa caja linda que sólo se le hubiera ocurrido a un Hada regalarle a su novio. Eras tú que olía. Estaba seguro que era tu corazón que olía largamente . ! ¡Qué delicia! Y te veía en no sé qué pradera con la cabeza llena de esas estrellitas azules y blancas de los jazmines divinos esperándome... Esperándome desde hacía un siglo como la otra Blanca; pero ¡qué sola! ¡qué sola! y con ¡cuánto diente nocturno de lobo mirándote en la noche negra! ¡Mi querida alma! Me bañé el corazón en un éter de maravilla.

Porque oler es irse; y subí y subí; porque oler es sentir que el alma sube. ¡Mi corazón querido! Sí, nos iremos al campo, aunque sea por unos días. Esto te lo quería decir desde antes. Porque he sentido extrañas voces que nos llamaban. Un día que estuve en el Prado, otro día por el Parque... ¿Eran chingolos, teru-teros, pavas azules

del monte? No sé. Me decían voces dulces y frescas como las aguas. "¡Devuélvenosla!" "¡Tráela otra vez!" ... "¡Déjala que corra por las Cuchillas, que se adorne con ramas; que se frote en los troncos de los eucaliptos, que se tire a jugar con los terneros y las chivitas" ... "¡Es nuestra!" ... "¡Es nuestra!" ... "Un día se la llevaron" ... "¡Tráela!" "La verás volver alegre y verde como los helechos!" ...

Y yo te llevaré, querida, bajo los cielos grandes, caída sobre mi cuerpo, bajo mi brazo como las gavillas... ¡Te besaré, te besaré! Nos bañaremos en los ríos, comeremos frutas. ¡Ay, Blanca Luz!

Sueños locos, formidables y frescos como la vida verdadera. Yo sé que eres pura como el cielo. Mi alma me dice que eres pura y aspiras a la gracia como ninguna mujer lo ha hecho. Sé que has buscado siempre tu camino en la vida. Buscar es dirigir el alma a Dios. Y un día nos encontramos. Y los dos nos asombramos de nuestra semejanza divina. El amor se hizo. Pero no como se hace todos los días en los otros... Sólo carne, dos egoísmos que se poseen y luego se separan con asco y fatiga. Nuestro amor se hizo maravillosamente grande, salvajemente sincero, bestial de pasión, fino como la luna y tierno y de la vida como sólo lo son las madres de sus hijos. Y quiero llevar en alto esta bandera como mi más perfecto y profundo triunfo.

* * *

¡Paso, imbéciles, hombres-perchas, monjas, escribanos! ¡Paso!

¿Lo has entendido bien cabrita de mi corazón, y a veces cálida y piafante Victoria sobre tu furiosa yegua de Apocalipsis?

Estamos juntos como jamás hombre y mujer lo han estado en esta vida donde tan poco duran los afectos, donde el corazón se desmoraliza tan rápidamente... Y muerde el tedio y la mentira mancha. ¿Verdad que tú odias con toda tu alma la mentira? ¿Que jamás me dirás una mentira? Porque esto sería lo único que como en los cuentos levantaría el velo de la cara prohibida, y para siempre nos moriríamos en el horror. ¿Lo entiendes? — Me levanto con la caja. No sé dónde ponerla. ¡Oh! si estuviera en la Cabaña de Róbinson Crusoe, y tuviera perros y escopetas... hoy me iría a cazar gacelas de carnes exquisitas, y garzas reales para mandúrtelas, Blanca Luz! Yo soy el Rey; tú la Reyna. Yo tu esclavo negro con bandejas de frutas a tu lado como en los cuadros del Tintoreto. Querida, ¡cuánto te amo! Fuerza y alegría! ¡Confianza! — Vamos así, con la espada de los Arcángeles luchando con todas las serpientes. ¿Tú con qué arma? La verdad, es lo único que te pido. Y toma ahora este beso largo,

mojado todavía de tu boca de ayer, beso hoy con jazmines, beso grande como una rosa, sobre tu boca querida y la maravilla tierna de tus ojos que me han salvado de todo mal.

*
* *

Querida de mi alma, ya estoy en plena lucha. Esta noche daré mi primer recital en el Liceo, y pasado otro más con partes de conferencia en el Teatro Lavalleja dedicado a los niños. Este último totalmente gratuito. ¿Cómo estás, queridita?

A mí me parece que separándome, he dejado allí enterrado un brazo. Estoy roto, herido, echo sangre y lloro y sufro en silencio.

Mi alma te llama a toda hora. Mis ojos sólo quieren mirar cosas que te recuerden. Las cabecitas tiernas de los niños, los arbolitos mojados con lluvia (tú has llorado mucho en la vida). Mi pobrecita, mi fuerte y divina compañera, llenas mi corazón, llenas mi cabeza. Soy tan tuyo que me parece vivo y siento con tu corazón.

Llueve..., llueve..., tengo miedo que todo me fracase. Pero ten fe, cree en Dios y en nuestro amor. Queridita, toma mis labios, toma mi pobre corazón lleno de lágrimas y de amor infinito.

MUERTE DE PARRA DEL RIEGO

Fue una mañana de Noviembre de 1925.

Seis días después de haber nacido el niño; ¡era entonces la mañana del 22 de Noviembre de 1925!

Desde nuestras dos camas mirábamos las ventanas abiertas y las puertas. Sus ojos que antes estaban débiles y entornados, ahora se abrían con más fiebre, con más ardor que nunca, estaban con tan extraña, con tan terrible ansiedad fijos en las puertas. Nos encontrábamos de frente y me apuraba a ver su mejilla hundida, su quebrada frente y a nuestros ojos los desviaban las lágrimas, temíamos hablarnos, y todo se daba de espaldas contra el alma. Una vez yo me hubiera arrojado sobre él con los brazos abiertos. Le hubiera cubierto, y escondido con mi pecho, con mi cabeza, con todo mi cuerpo, con toda mi sangre. ¿Dónde estaba aquel que llegaba? ¿Dónde estaba aquel que amenazaba en cada rayo de luz, en cada poco de aire que se iba, en cada golpe de sangre? El

me lo hubiera preguntado; y yo me hubiera roto llorando.

¡Nadie! y seguimos deshaciéndonos la angustia contra las paredes y el misterio.

Esa noche sólo entró el cielo por la ventana, y cien ruidos distintos y vagos que parecían venir de la tierra. A veces como si descolgaran cosas en la habitación. A veces como si temblaran de frío todos los niños del mundo. Tal vez era Otoño en el cielo y caían las hojas dolorosas de las estrellas sobre la tierra, sobre las manos de los niños, sobre la frente de los viejos, sobre los ojos de los amantes. Otoño en el cielo, triste cosecha para la tierra.

Así llegó la mañana, brillante y desnuda, colgada de la ventana como una niña feliz. Entonces yo creo que Dios mismo vino a ponernos dulce la mejilla. . . ! ¡había tal paz! El campo estaba lleno de ruedas y de pájaros. Cantaba la vida. Nuestro hijo tenía 6 días. Yo tenía mis pechos crecientes. Cantaba la vida.

* * *

¿Y cómo pudieron pesar tanto sus párpados?

Yo le vi de pronto con sus manos rígidas apretando las últimas azucenas de esa primavera de Noviembre.

Repetir el amor es muy triste.

Tengo el valor de amarte, y el valor de dejarte, y el de volver a amarte y el de no dejarte, y el de amarte, y el de olvidarte.

*
* *

Me acuso de amar sólo tu cuerpo. ¿Pero sabes hasta dónde puede ser sería y profunda la gracia sagrada de un cuerpo? ¿De todos los matices que se rodea, en tono, en forma, en movimiento, para darle sentido a una vida sin sentido?

"Mujer mía, todo está en ti". Y ella se desató suave como una cinta de los brazos tenaces y fuertes.

Aquel amor era una lid antigua. Ella lo tenía amarrado al angosto y seco lazo de su brava cintura.

El tenía cara de moro y de judío; ¡los ojos verdes, blancos y colorados, como la bandera de México, y el pelo negro, macizo, encrespado, terrible!

Se amaron en los rincones oscuros de los muelles, cuando regresaban los pescadores y las gaviotas heridas de la tarde.

Se amaron tendidos en los frescos y suaves prados de Montevideo y en las costas ardientes del Brasil y en la cubierta de los transatlánticos que venían de Nueva York.

Los marineros y los pájaros, que todo lo saben, repetían en América: "Por aquí han pasado. Los llevaba el viento de la revolución, y tenían el amor en las manos...

Un día llegaron a México y fueron perseguidos como dos lebreles rojos".

Esta es la zona de los muertos

Un par de señoras negras se adelantan y sacan sus llaves. Abren las puertas de sus muertos. Ordenan, y otra vez cierran con el ruido espantoso de sus llaveros, y con un paso enérgico se alejan.

Propiedad privada.

*
* *

Afuera se ve la arquitectura antigua, y la moderna, el "buen gusto" y el "mal gusto".

La vanidad del rico y la desolación del pobre.

Adentro: los esqueletos vacíos con el estilo de todos los tiempos.

*
* *

Esta es una familia obrera: la abuela, la hija y los nietos.

Se han acercado a la humilde tierra y la chiquita grita alegremente:

"Mila", tiene "flolcitas".

Yo me he acercado, y compruebo que las florcitas son de la tumba que está al lado.

Un niño recoge el agua de un chorro, para regar la tierra llena de flores donde algún muerto conocido lo espera.

* * *

¡Con qué amor cuidan los pobres a sus muertos! Van constantemente junto a ellos; cambian el agua, plantan nuevas flores, mueven y remueven la tierra con sus manos, como arreglando las cobijas, tapándoles los pies para que no tengan frío.

* * *

Aquí hay un hueco en la tierra y un cartel que dice:

"Susana Roca, se trasladó 19434."

Habrá necesitado los brazos firmes de un joven sepulturero.

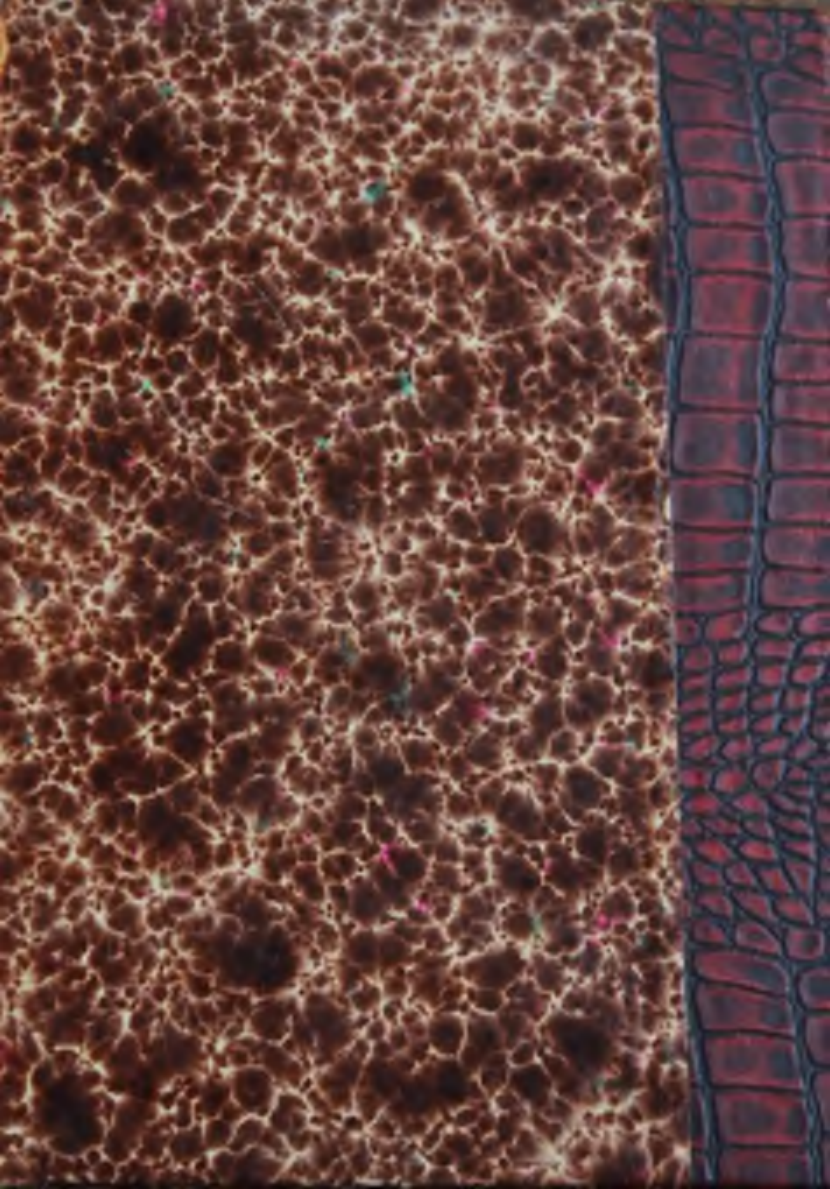
FIN

INDICE

	Pág.
Infancia	13
Martín Aquino	21
El canto del matrero	23
Irma Avegno	25
Sandino	31
Sandino el libertador, y Martí el comunista	33
Epopeya de Pascuáin Zurita	35
Misia Nisida Olivera	39
Isla de Trinidad	65
¿Hindúes?	67
Los mexicanos en Estados Unidos	73
Brasil	79
México	83
Los lagos de Texcoco	85
Persecución	87
Rehenes	89
El barrio de Tepito	91
El águila y la serpiente	95
La costa del Pacífico frente a México	97
Lotería Mexicana	99
La Universidad de Pomona y la isla de Santa Catalina	101

Pág.

Emiliano Zapata 105
Los Angeles California - Film 115
Broadway 117
Cartas de Parra del Riego a Blanca Luz 125
Muerte de Parra del Riego 131

Perum, Blanca Cruz, (map)

Mariátegui, José Carlos, 1886-1930 (pr.)